EL TEATRO
MODERNO



ENRIQUE IBSEN

EL PATO SALVAJE



AÑO VII — 14 - XI - 1931 — NÚM. 321

PERSONAJES

Werlé, fabricante ; *Gregorio,* su hijo ; *Ekdal, Hialmar,* su hijo ; *Gina,* esposa de Hialmar ; *Eduvigis,* su hija ; *señora Soerby, Relling,* médico ; *Molvick,* estudiante ; *Graberg,* empleado de Werlé ; *Petersen,* criado de Werlé ; *Jansen,* otro criado ; *Caballero 1.º, Caballero 2.º, Caballero 3.º, Invitados, Criados.*

ACTO PRIMERO

Lujoso gabinete en casa de Werlé. Estanterías repletas de libros. En el centro, una mesa de oficina cargada de papeles y registros. El salón está alumbrado por lámparas con pantallas verdes. La puerta del fondo, abierta y con los cortinajes levantados, permite ver un salón ricamente amueblado y con iluminación espléndida. A la derecha una puerta que da a las oficinas. A la izquierda una chimenea con lumbre. Más hacia el fondo, otra puerta de dos hojas que conduce al comedor.

(Petersen, con librea, y Jensen, de frac, arreglan el gabinete. En el salón del fondo dos o tres criados preparan los muebles y encienden las bujías. En el comedor hablan y ríen. Alguien golpea un vaso con un cuchillo. Cesa el ruido y se oye un brindis que es acogido con aplausos, empezando de nuevo el rumor de las conversaciones.)

PETER. *(Encendiendo una lámpara que luego coloca sobre la chimenea.)* Oye, Jensen; ¿no es el viejo el que brinda por la señora Soerby?

JENSEN *(Acercando un sillón.)* ¿Es cierto lo que se murmura? ¿Hay algo entre la señora Soerby y el señor?

PETER. Podría ser.

JENSEN Paréceme que en su juventud fué un calaverón.

PETER. Es posible.

JENSEN Dícese que da esta comida en honor de su hijo.

PETER. Sí; regresó ayer.

JENSEN No sabía yo que el señor Werlé tuviese un hijo.

PETER. Sí, lo tiene, y dirige desde hace muchos años las fábricas de Eydal. Yo no le había visto nunca por esta casa, y soy viejo en ella.

CRIADO *(Entrando por la puerta del salón.)* Petersen, un señor pregunta...

PETER. *(Entre dientes.)* ¿Quién diablo será a estas ho-

ras? *(Entra Ekdal. Saliéndole al encuentro.)* ¡ Ah ! ¿Es usted? ¿Qué desea?

EKDAL *(Desde la puerta.)* Es indispensable que entre en la oficina.

PETER.. Hace una hora que está cerrada y...

EKDAL Ya me lo han dicho ; pero Graberg está aún allí. Sea usted amable, Petersen ; déjeme pasar. *(Indicando con el dedo la puerta de escape de la derecha.)* Sé que se entra por ahí.

PETER. Bueno, bueno, pase usted. *(Abre la puerta.)* Pero salga por la otra puerta, porque hoy tenemos convidados.

EKDAL Muchas gracias, amigo Petersen. *(Entre dientes.)* ¡ Mamarracho ! *(Entra en la oficina. Petersen cierra la puerta tras él.)*

JENSEN ¿Es un empleado de las oficinas ese señor?

PETER. No. Unicamente copia en los días de trabajo. Pero hace años era otra cosa el señor Ekdal.

JENSEN No parece un cualquiera.

PETER. ¡ Ya lo creo ! Era capitán.

JENSEN ¿De veras?

PETER. De veras. Pero quiso comerciar en maderas o cosa así, y entonces, segn dicen, le hizo una jugada de mala ley a mi amo. Estaban asociados para la explotación de las selvas de Heydal. ¡ Oh ! Leconozco bien al pobre Ekdal. Algunos *bitters* y bastantes *bocks* hemos tomado juntos en casa de la señora Eriksen.

JENSEN Pero ahora no tendrá el bolsillo para juergas.

PETER. ¡ Quiá ! Yo le obsequio alguna vez. Hay que ser amable con un hombre así, abatido por la desgracia.

JENSEN ¿Se arruinó?

PETER. Peor que eso ; estuvo en la cárcel.

JENSEN ¡ En la cárcel !

PETER. Sí. *(Escuchando.)* ¡ Psch ! ¡ Ya vienen.

(Dos criados abren la puerta del comedor. Aparece la señora Soerby, conversando con dos caballeros, y en seguida los convidados, entre ellos Werlé, Gregorio e Hialmar.)

SOER. *(A Petersen.)* Que nos sirvan el café en la sala de conciertos.



PETER. Está bien, señora. *(La señora Soerby y los dos caballeros que la acompañan atraviesan la escena y salen por la puerta del fondo, torciendo a la derecha. Los criados vanse por el mismo camino.)*

CAB. 1.º *(Al segundo.)* ¡Qué comida, amigo; qué comida!

CAB. 2.º Con un poco de buena voluntad, es increíble lo que uno llega a engullir en tres horas.

CAB. 1.º Sí; pero al fin y al cabo, querido chambelán, al fin y al cabo...

CAB. 3.º Creo que tratan de darnos el café y los licores en el gabinete del piano.

CAB. 1.º Mejor que mejor. Es posible que la señora Soerby nos obsequie también tocando alguna cosilla.

CAB. 2.º *(A media voz.)* Sabe Dios cómo pensará obsequiarnos la señora Soerby.

CAB. 1.º De todos modos, no se trata de jugarnos una mala partida. Berta no hará nunca semejante cosa a sus amigos de otros tiempos. *(Salen riendo por la puerta del fondo.)*

WERLE *(A media voz y preocupado.)* Creo que nadie ha reparado en él, ¿verdad, Gregorio?

GREG. *(Mirándole extrañado.)* ¿En quién?

WERLE ¿Tampoco tú le has visto pasar?

GREG. Pero ¿a quién?

WERLE Eramos en la mesa ¡trece!

GREG. ¿Eramos trece?

WERLE *(Lanzando una mirada a Hialmar.)* Sí, y siempre fuimos doce. *(A los convidados.)* Tengan la bondad de pasar, señores. *(Salen todos por la puerta del fondo, menos Hialmar y Gregorio.)*

HIAL. *(Que ha oído las últimas palabras de Werlé.)* No debiste invitarme, Gregorio. Yo molesto aquí.

GREG. ¡Cómo! ¿Una fiesta celebrada en obsequio mío, y no voy a tener a mi lado al amigo que más quiero?

HIAL. A tu padre no le gusta verme.

GREG. Ya lo sé. Pero yo quisiera verte y hablarte, porque pronto volveré a la montaña. He estado sin verte dieciséis o diecisiete años.

HIAL. En efecto, ha pasado bastante tiempo.

GREG. ¿Y cómo te va? Haces buena cara y estás casi grueso.

HIAL. Hombre, creo que no eres exacto. Di que mi aspecto es más viril.

GREG. Quizá sea así. De todos modos, tu físico no ha venido a menos.

HIAL. *(Con voz sombría.)* Pero moralmente, amigo, te juro que he cambiado por completo. Estarás, sin duda, al corriente de la catástrofe que nos sobrevino.

GREG. *(Bajando la voz.)* ¿Y qué hace ahora tu padre?

HIAL. ¡Ay, querido! ¿A qué hablar de esto? El desdichado vive conmigo. Claro está; soy su único apoyo. Pero es éste un tema para mí doloroso. Hablemos de ti. ¿Qué haces en la fábrica?

GREG. Me complazco en mi soledad. Allí puedo reflexionar a mis anchas. Ven; aquí estaremos mejor. *(Siéntase cerca de la chimenea.)*

HIAL. *(Con emoción.)* Gracias, Gregorio. Te debo ya la atención de haberme sentado a la mesa de tu padre, lo cual me prueba que no me desprecias.

GREG. *(Extrañado.)* ¿Pero qué significa esto? ¿Por qué me hablas así?

HIAL. No sé, pero parecía que me habías olvidado en los primeros años.

GREG. ¿De qué años hablas?

HIAL. De los que inmediatamente siguieron al desastre... ¡Es natural!... Por poco se compromete también tu padre en aquellos horrores.

GREG. Pero ¿qué te ha inducido a creer que yo te había olvidado?

HIAL. Tu mismo padre me lo dijo.

GREG. *(Con sobresalto.)* ¡Mi padre! ¡Ah, ya! ¿Y por eso no has dado señales de vida en tanto tiempo?

HIAL. Por eso.

GREG. ¿Ni siquiera cuando decidiste hacerte fotógrafo?

HIAL. Tu padre me aconsejó que era mejor no decirte nada.

GREG. *(Mirándole fijamente.)* Pues bien; puede que tuviese razón. Pero dime, Hialmar: ¿estás satisfecho de tu suerte?

HIAL. *(Suspirando.)* ¿Qué quieres que te diga? Al principio todo me parecía extraño. ¡Era tan diferente aquello de cuanto había conocido!... Pero ¿qué quedaba del pasado? Las ruinas acumuladas por el desastre de mi padre, la vergüenza..., el oprobio... ¡Ah, Gregorio!

GREG. *(Conmovido.)* Sí, sí, comprendo.

HIAL. Hube de renunciar a continuar mis estudios. Nos quedamos sin recursos... ¡Debíamos tanto!... A tu padre sobre todo...

GREG. Sigue...

HIAL. Entonces me pareció que lo mejor era cortar por lo sano. Y con los consejos y eficaz ayuda de tu padre...

GREG. ¿De veras hizo eso?

HIAL. ¿Acaso lo ignorabas? ¿Cómo, sin este auxilio, explicarías que hubiese podido aprender el oficio de fotógrafo y montar un taller; establecerme, en una palabra? ¡Todo eso cuesta dinero!

GREG. ¿Y mi padre te lo prestó?

HIAL. Sí, amigo. Pero me extraña que no estés enterado de ello. Creía que te lo había escrito.

GREG. Nunca me escribió tal cosa. Por otra parte, nuestra correspondencia es puramente comercial. Mi padre es así.

HIAL. Pues sí; era él quien me favorecía y, sin embargo, ha procurado siempre que todo el mundo lo ignorase. A él debo, además, el haber podido casarme. ¿Ignorabas también eso?

GREG. ¿Cómo quieres que lo sepa? *(Sujetándole el brazo.)* ¡Ay, querido Hialmar, qué consuelo es para mi corazón todo lo que acabas de decirme! Quizás he sido injusto con mi padre al creerlo sin conciencia; pero su conducta contigo me prueba que la tiene.

HIAL. ¿Has dicho conciencia?

GREG. Sí. Nunca podrás imaginarte el gozo que he experimentado al enterarme de esto. *(Pausa.)* ¿De manera que te has casado, amigo Hialmar? Yo no puedo decir otro tanto. ¿Y eres dichoso?

HIAL. Sí, por cierto. Mi mujer no deja nada que de-

sear. Es hacendosa, buena y no enteramente sin educación.

GREG. *(Un poco extrañado.)* Hombre, lo presumo.

HIAL. Porque, mira, la vida es una escuela. Con mi tacto cotidiano..., relacionándonos con gentes de mérito... En fin, te aseguro que no reconocerás a Gina.

GREG. ¿Gina?

HIAL. Sí, Gina. ¿No te acuerdas que se llama así?

GREG. ¿Pero de qué Gina hablas?

HIAL. ¿La has olvidado? Sirvió en esta casa.

GREG. *(Mirándole.)* ¿Gina Hansen?

HIAL. En efecto, la misma.

GREG. ¿Nuestra ama de llaves durante la última enfermedad de mi madre?

HIAL. Sí; pero vamos a ver, querido Gregorio, estoy seguro de que tu padre te notificó mi casamiento.

GREG. *(Levantándose.)* Efectivamente, me lo escribió; pero no me dijo... *(Paseándose inquieto.)* Sí, sí; aguarda un poco; creo que al fin me acuerdo. ¡Pero las cartas de mi padre son tan lacónicas! *(Sentándose en el brazo del sillón.)* Oye, Hialmar... Es curioso. Dime. ¿Cómo conociste a Gina..., tu mujer?

HIAL. Pues verás. La casa, con motivo de la enfermedad de tu madre, era un desbarajuste. Gina, como comprenderás, no podía permanecer más tiempo en ella, y en consecuencia, abondonó el servicio. Esto pasaba el año antes de la muerte de tu madre... o quizá en el mismo.

GREG. Sí; era el mismo año en que murió. A la sazón estaba yo en la fábrica. Pero continúa.

HIAL. Gina se fué a vivir entonces con su madre, mujer emprendedora y activa. Esta tenía una especie de fonda, junto a la cual había un cuarto para alquilar, elegante y bien amueblado.

GREG. ¿Y tú, por casualidad, lo alquilaste?

HIAL. Sí. Por cierto que fué también por consejo de tu padre. Y allí fué donde conocí a Gina.

GREG. Y se verificó el matrimonio.

HIAL. Pues claro está; entre una pareja joven no tarda en surgir el amor.

GREG. *(Levantándose y volviendo a pasearse.)* Y, dime: ¿fué después de tu boda cuando mi padre te propuso que te hicieras fotógrafo?

HIAL. Justamente. Quise tomar estado y establecerme cuanto antes. Tu padre y yo convenimos en que la fotografía era lo mejor y lo más fácil. Además, mi mujer conocía el arte del retoque, y era del mismo parecer.

GREG. ¡Feliz casualidad!

HIAL. *(Levantándose satisfecho.)* ¿No es verdad, amigo, que esta casualidad tiene algo de maravillosa?

GREG. ¡Ya lo creo! Pero mi padre ha sido la Providencia para ti.

HIAL. *(Enternecido.)* ¡No abandonó al hijo de su desdichado amigo! Gregorio, tu padre es un noble corazón.

SOER. *(Entrando del brazo de Werlé.)* No admito protesta alguna, querido amigo. La excesiva luz de la estancia le fatiga a usted la vista.

WERLE *(Abandonando el brazo de la señora Soerby y pasándose la mano por los ojos.)* Creo que tiene usted razón, amiga. *(Petersen y Jensen entran con bandejas.)*

SOER. *(A los invitados que quedan en la otra sala)* Entren ustedes, señores. Si desean un vaso de ponche, tómense la molestia de acercarse.

CAB. 1.º *(Acercándose a la señora Soerby.)* ¿Es posible, señora, que haya usted atentado al derecho innato de fumar?

SOER. Sí, señor chambelán. Este vicio está proscrito en los estados del señor Werlé.

CAB. 2.º ¿Y de cuándo data tan tiránica prohibición?

SOER. De la última comida, en la que ciertas gentes llegaron al colmo del abuso.

CAB. 2.º Y esta prohibición ¿es absoluta?

SOER. Absolutísima, caballero. *(La mayor parte de los convidados entran y toman el ponche, que los criados ofrecen.)*

WERLE *(A Hialmar, quien, distanciado de todos, mira un álbum.)* ¿Qué hace usted aquí, Ekdal?

HIAL. Miro este álbum.
CAB. 2.° *(Paseándose.)* Si es de fotografías, debe de interesarle a usted.
CAB. 1.° *(Desde la butaca en que se ha sentado.)* ¿Lleva usted algunas en el bolsillo?
HIAL. No, señor.
CAB. 2.° Es lástima; se pasa un rato muy agradable, sentado ahí, en un mueble cómodo, viendo fotografías.
CAB. 1.° Y proporciona motivos de conversación. *(Siguen hablando.)*
GREG. *(Bajo, a Hialmar.)* Convendría que dijeras algo en la conversación.
HIAL. *(Con indiferencia.)* ¿De qué quieres que hable?
GRAB. *(Asomándose a la puerta de escape.)* Dispense usted, señor Werlé; pero estoy aquí encerrado.
WERLE Se repiten con frecuencia estos descuidos.
GRAB. El ordenanza se ha llevado las llaves y no puedo salir por la otra puerta.
WERLE bueno; pase por aquí.
GRAB. Somos dos.
WERLE Pasen, y de prisa los que sean. *(Graberg y el anciano Ekdal salen de las oficinas.)*
WERLE *(Disgustado.)* ¡Uf! *(Las risas burlonas y los cuchicheos propáganse entre los convidados a medida que observan a Ekdal. Hialmar se extremece al ver a su padre, volviendo la cabeza bajo pretexto de dejar el vaso en la repisa de la chimenea.)*
EKDAL *(Con timidez saluda, inclinando la cabeza y mascullando las palabras.)* Dispensen ustedes... La puerta estaba cerrada... *(Sale con Graberg por la puerta del fondo.)*
WERLE *(Entre dientes.)* ¡Maldito Graberg!
GREG. *(Ha quedado absorto y con la boca abierta. Luego dice a Hialmar.)* ¿No estaba, sin embargo...?
CAB. 1.° ¿Qué ha pasado? ¿Quiénes son esos?
GREG. No sé.
CAB. 3.° *(A Hialmar.)* ¿Conoce usted a ese individuo?
HIAL. No he reparado en él.
CAB. 1.° *(Levantándose.)* Pero ¿qué diablos ha sucedido?

(Se acerca a un grupo de invitados que hablan en voz baja.)

SOER. *(A Petersen.)* Déle usted algún dulce.

PETER. *(Inclinándose.)* Bien, señora.

GREG. *(Emocionado, a Hialmar.)* ¿De modo que era él?

HIAL. ¿Cómo quieres que...?

GREG. ¡Negar a tu padre!...

HIAL. *(Con dolor.)* ¡Ah, si estuvieras en mi lugar! *(Los invitados, que hablan bajo, gritan ahora afectadamente.)*

CAB. 2.º *(Acercándose a Hialmar y a Gregorio con amabilidad.)* Parece que vuelven los antiguos tiempos de la Universidad, ¿eh? ¿Quiere fumar, señor Ekdal? ¡Ah! No me acordaba. ¡Si está prohibido!

HIAL. Muchas gracias; no acostumbro.

CAB. 1.º ¿No podría usted, Hialmar, recitarnos alguna linda poesía? Recuerdo que declamaba usted admirablemente.

HIAL. Sí; pero por desgracia no me acuerdo ya de nada.

CAB. 1.º Es una verdadera lástima. *(Se aparta del grupo.)*

HIAL. *Con voz sombría, a Gregorio.)* Ya has visto, Gregorio, lo que es la desgracia. *(Pausa.)* Saluda a tu padre; me voy.

GREG. ¿Vas a tu casa?

HIAL. Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

GREG. Porque quizá dentro de poco vaya a verte.

HIAL. No, no vayas. Mi casa es triste y pobre, y aun te lo parecería más después de la brillante fiesta que acaba de verificarse aquí. Podemos reunirnos en cualquier otro sitio.

SOER. *(Acercándose, y en voz baja a Hialmar.)* ¿Se marcha usted?

HIAL. Sí, señora.

SOER. Recuerdos a Gina.

HIAL. Gracias.

SOER. Dígala que iré a verla uno de estos días.

HIAL. Será usted cordialmente recibida. *(A Gregorio.)* No te muevas. Quiero desaparecer sin llamar la atención. *(Lentamente sale por el fondo.)*

SOER. *(A Petersen que entra.)* ¿Dió usted algo al viejo?

PETER. Una botella de coñac.
SOER. Paréceme que hubiera podido encontrarse cosa mejor.
PETER. Es lo que más le gusta.
CAB. 1.° *(Desde la puerta y con un cuaderno de música en la mano.)* ¿Quiere usted tocar una pieza a cuatro manos, Berta?
SOER. Con mucho gusto.
CONVI. ¡Bravo, bravo! *(Sale la señora Soerby del brazo del Caballero 1.° y seguida de todos los invitados.)*
GREG. Un momento, padre.
WERLE *(Parándose.)* ¿Qué se te ofrece?
GREG. Quisiera hablarte.
WERLE ¿No podrías aguardar a que la gente se vaya?
GREG. No, porque quizá sea ésta la última vez que nos hablemos.
WERLE *(Acercándose.)* ¿Qué dices? *(Oyese un piano a lo lejos durante toda la escena.)*
GREG. ¿Cómo has dejado que se arruinase de tal modo esta familia?
WERLE ¿Te refieres a los Ekdal?
GREG. Sí. Recuerda que el anciano Ekdal, hoy tan despreciado, fué tu amigo íntimo.
WERLE Cosa que deploro, pues a causa de esta intimidad, la deshonra del capitán Ekdal manchó mi nombre.
GREG. *(En voz baja.)* ¿Y es él acaso el único culpable?
WERLE ¿Qué quieres decir?
GREG. Esa atrevida especulación, esa compra de inmensos bosques, ¿no la hicisteis juntos?
WERLE Pero Ekdal fué el que trazó el plano y cometió abusos al marcar los límites. Cosa exclusivamente suya fué la corta fraudulenta de bosques del Estado. El dirigía; yo lo ignoraba todo.
GREG. Acaso el desdichado ignoraba también el alcance de lo que hacía.
WERLE Es posible. Pero lo que no tiene vuelta de hoja es que a él le condenaron y yo fuí absuelto.
GREG. Sí, ya sé que contra ti no existían pruebas.
WERLE En fin, ¿a qué recordar estos cuentos viejos?

Allá en la montaña, ¿pensaste mucho en estas cosas? Pues aquí todos las olvidaron.

GREG. ¿Y la desdichada familia Ekdal, lo ha olvidado también?

WERLE Pero ¿podía hacer por ellos más de lo que hice? Cuando Ekdal salió de la cárcel era hombre al agua. Hay hombres que cuando se hunden no vuelven jamás a la superficie. Bajo mi palabra te aseguro, Gregorio, que hice todo lo que pude sin dar motivo a que me creyesen cómplice... La sospecha se forma pronto.

GREG. ¿Sospechas?... Ya.

WERLE Proporcioné trabajos a Ekdal en mi escritorio, y le pago por ellos el triple de lo que valen.

GREG. *(Sin mirarle.)* No lo dudo.

WERLE ¿Te sonríes? ¿No lo crees? Verdad es que estas partidas no constan en mis libros. Jamás hice asientos de esta especie.

GREG. *(Sonriendo con frialdad.)* Sí, es mucho mejor que no hacerlos.

WERLE *(Estremeciéndose.)* ¿Qué significa ese tonillo?

GREG. *(Con calor.)* ¿Tampoco anotaste los trabajos que te ocasionó el aprendizaje de Hialmar?

WERLE ¿Yo? ¿Cómo quieres que...?

GREG. Me consta que has sido tú quien los pagó. También sé que luego le diste para establecerse.

WERLE Ya ves; y aun me echas en cara que haya abandonado a los Ekdal a su suerte. A fe mía que esa gente me cuesta harto dinero.

GREG. ¿Y has asentado alguno de estos gastos?

WERLE ¿A qué viene esa pregunta?

GREG. Bien me lo sé yo. Oyeme. ¿La época en que te interesaste tanto por el hijo de tu amigo y socio, no conicidió con la de su matrimonio?

WERLE ¡Qué sé yo! Después de tantos años...

GREG. Por aquella fecha me escribiste una carta, comercial por supuesto, y en una *postdata* me notificabas el enlace de Hialmar Ekdal con una tal señorita Hansen.

WERLE En efecto, así se llamaba.

GREG. Pero tú no me decías que la señorita en cuestión era Gina Hansen, nuestra antigua sirviente.

WERLE *(Con sonrisa irónica, pero forzada.)* No podía sospechar que tanto te interesara nuestra ex ama de llaves.

GREG. Tienes razón. Pero... *(Bajando la voz.)* Pero alguien hay en casa a quien inspiraba un interés particular.

WERLE ¿Qué quieres decir? ¿Acaso te refieres a mí?

GREG. *(Bajo y con firmeza.)* Sí, a ti.

WERLE ¿Y te atreves? ¿Y te permites? ¿Acaso ese ingrato, ese pedazo de fotógrafo, te ha hecho semejantes insinuaciones?

GREG. Hialmar no me ha dicho una palabra de esto, y me figuro que nada sabe ni sospecha.

WERLE ¿Pues quién te ha sugerido esa idea?

GREG. Mi pobre, mi desventurada madre, la última vez que la vi.

WERLE ¡Tu madre! ¡Cómo no se me ha ocurrido! Sí, ella fué la que te alejó de mi lado.

GREG. No fué ella. Sus sufrimientos, sus martirios, que la arrojaron prematuramente al sepulcro. Sólo eso me alejaba de ti.

WERLE Sufrió como todas las mujeres. Además, es difícil que se hagan cargo de las cosas criaturas enfermizas y exaltadas. Y tú ahora estás prestando oído y dando crédito a fábulas calumniosas contra tu padre... Paréceme, Gregorio, que a tu edad deberías aspirar a ocupación mejor.

GREG. Sí, tiempo es ya de pensar en ello.

WERLE Quizá se suavizarán entonces las asperezas de tu carácter. ¿Qué sacas de habitar la montaña cual oscuro obrero, recibiendo tan sólo lo que te es estrictamente necesario para vivir? Esto es una verdadera locura.

GREG. ¿De veras?

WERLE Sí, hombre, sí; pero te comprendo. Quieres ser independiente, no quieres deberme nada. Precisamente ahora puedo proporcionarte una colocación a tu gusto.

GREG. Veamos.

WERLE Cuando te escribí ordenándote que vinieras inmediatamente...

GREG. Es verdad; ¿qué objeto tenías? Di.

WERLE Voy a proponerte una asociación.
GREG. ¿Una asociación?... ¿Asociarme contigo?
WERLE Sí, y no creas que con esto debamos vivir juntos; tú dirigirás aquí la casa de comercio, y yo iré a vivir en la fábrica.
GREG. ¿Tú?
WERLE Sí, yo no puedo trabajar como antes, debo cuidarme la vista, que empieza a debilitárseme.
GREG. Creía que siempre la habías tenido débil.
WERLE Pero no tanto como ahora. Además, podrían producirse motivos que me indujesen a establecerme fuera.
GREG. No comprendo...
WERLE Escúchame, Gregorio. A pesar de nuestras mutuas discrepancias, no dejamos de ser padre e hijo. Paréceme que al fin nos entenderemos.
GREG. No lo creo fácil.
WERLE Aunque sólo fuera en apariencia. Reflexiona, Gregorio. ¿Lo quieres? Di.
GREG. *(Mirándole fríamente.)* Hay mucho que decir sobre el particular.
WERLE Viviendo juntos tendremos ocasión de ayudarnos mutuamente.
GREG. Así se supone.
WERLE Yo quisiera retenerte por algún tiempo a mi lado. Estoy solo y la soledad me pesa. Solo he estado durante mi vida, pero ahora no puedo más y necesito de alguien que me acompañe. Soy ya viejo y...
GREG. Tienes a la señora Soerby.
WERLE Sí, es verdad... Te confieso que se me ha hecho necesaria. Es alegre y anima la casa, cualidades todas que me encantan.
GREG. Entonces ¿a qué pedir más?
WERLE Es que temo que esto no será duradero. La murmuración se ceba en esta clase de mujeres, y hasta llega a zaherir a los hombres.
GREG. ¡Bah! Con tu fortuna puedes muy bien reírte de todo.
WERLE Pero ¿y ella? No creo que le sea de igual modo indiferente. Y si por abnegación hacia mí llegara a desafiar el furor de las malas lenguas, ¿puedes,

en conciencia, Gregorio, tú que blasonas de tan intransigente rectitud?...

GREG. *(Interrumpiéndole.)* Dime sencillamente que quieres casarte con ella.

WERLE Y si así fuera, ¿acaso habría en ello algo malo?

GREG. Eso es precisamente lo que yo digo.

WERLE ¿Te disgustaría la boda?

GREG. ¿A mí? Ni pizca.

WERLE No sé si por el respeto o por el recuerdo de tu madre...

GREG. No, no soy ningún exaltado.

WERLE Tanto si lo eres como si no lo eres, lo cierto es que me quitas un enorme peso de encima, afirmándome que no te opondrás a esta boda, lo cual me hace esperar tu auxilio en caso necesario.

GREG. *(Mirándole fijamente.)* Ahora veo en qué querías ocuparme.

WERLE ¡Ocuparte!... ¡Qué expresión!...

GREG. Llamemos al pan, pan, y al vino, vino, sobre todo estando solos. *(Con ironía.)* Está visto; con objeto de halagar a la señora Soerby hubieras deseado un poco de comedia, algunas escenas cariñosas entre padre e hijo..., algo así..., nuevo y patético...

WERLE ¡Así te atreves a hablarme!...

GREG. ¡La vida en familia! ¿Cuándo hemos vivido en familia? Nunca, que yo recuerde. Pero ahora, claro está, precisabas fingirla un poco; el hijo, atraído por la piedad y el cariño hacia su anciano padre, asistía a sus bodas. ¿Qué quedaría entonces de las murmuraciones que presentan a aquella infeliz sucumbiendo de tristeza y de abandono? ¡Un eco, un eco siquiera de aquel dolor debe aún resonar aquí, padre mío!

WERLE ¡Gregorio! ¡Ah! Está visto, soy la persona á quien respetas menos del mundo.

GREG. *(Bajo.)* Te conozco bien.

WERLE Me conoces por lo que de mí te dijo tu madre. *(Bajando la voz.)* Recuerda con qué frecuencia sus juicios eran apasionados.

GREG. *(Con voz temblorosa.)* Comprendo a qué te re-

fieres. Pero ¿quién produjo aquella funesta debilidad de espíritu? Tú y todas esas mujeres... La última, Gina; la que diste a Hialmar cuando estabas harto de ella... ¡Ah!

WERLE *(Encogiéndose de hombros.)* ¡Paréceme oír a tu madre!

GREG. *(Sin hacer caso de sus palabras.)* Y he aquí a ese pobre espíritu, a ese hombre-niño, envuelto en tus perfidias, casado con una mujer así, y sin ni remotamente sospechar que los cimientos de lo que él llama su hogar, son una mentira. *(Dando un paso hacia su padre.)* Tu vida aparece, a mis ojos, como un campo de batalla cubierto de cadáveres hasta donde la vista alcanza.

WERLE Voy creyendo que estamos separados por un insondable abismo.

GREG. *(Inclinándose, con sangre fría.)* Es posible. Adiós. Me marcho.

WERLE ¿Te vas? ¿Abandonas mi casa?

GREG. Sí. Al fin encontré una misión que realizar en la vida.

WERLE ¿Cuál?

GREG. Si te la dijera, te causaría únicamente risa.

WERLE Un abandonado solitario como yo no ríe tan fácilmente, Gregorio.

GREG. *(Señalando al salón.)* Mira, padre mío; los chambelanes están jugando a la gallina ciega con la señora Soerby. Buenas noches y pásalo bien. *(Sale por la puerta del fondo y desaparece por la derecha. Oyese reír a los invitados, que aparecen poco después en el salón.)*

WERLE *(Con ironía y siguiendo con la mirada a Gregorio.)* ¡Desgraciado! ¡Y dice que no es ningún exaltado!

ACTO SEGUNDO

Taller de fotografía de Hialmar Ekdal, instalado en un desván bastante espacioso. A la derecha grandes ventanas cubiertas con cortinas azules. En el rincón de la derecha, la puerta de entrada, y más al fondo otra puerta que conduce a una salita. A la izquierda dos puertas. Entre ambas una estufa de hierro. En el fondo, una puerta ancha de dos hojas. El taller está sencillo, pero convenientemente amueblado. A la derecha, entre las dos puertas y a cierta distancia de la pared, un sofá, una mesa y varias sillas. Sobre la mesa un quinqué encendido, con pantalla. Al otro lado un desvencijado sillón. Accesorios de fotografía en todas partes. A la izquierda un estante con libros, cajas, frascos, cubetas y otros objetos. Sobre la mesa, fotografías, papeles, pinceles, etc.

(Gina y Eduvigis. Ambas sentadas; la primera junto a la mesa, cosiendo; la segunda en el sofá, con los codos sobre la mesa y las manos encima de los ojos, a manera de pantalla, leyendo.)

GINA *(Después de mirar varias veces con interés a su hija.)* ¡ Eduvigis ! *(Eduvigis no ha oído.)* ¡ Eduvigis !

EDUV. *(Alzando la vista.)* ¿Qué mandas, mamá?

GINA No leas tanto, niña.

EDUV. Bien, mamá ; pero déjame un poco, un poco nada más.

GINA No ; cierra el libro. Papá no te lo consentiría ; ya sabes que no quiere que se lea por la noche.

EDUV. *(Cerrando el libro.)* Bien, obedezco.

GINA *(Dejando la labor, toma un lápiz y una libreta.)* ¿Te acuerdas cuánta manteca hemos gastado hoy?

EDUV. Una corona y sesenta y cinco céntimos.

GINA Justo. *(Apunta.)* Es extraordinaria la cantidad de manteca que se gasta en esta casa. Sin contar los salchichones, el queso y el jamón. *(Apunta otra vez.)*

EDUV. Y además la cerveza.

GINA Es verdad, la cerveza... Esto representa una cifra bastante respetable. ¡ No hay remedio !

EDUV. Pero hoy, con la ausencia de papá, hemos podido pasarnos con un plato menos en la comida.

GINA Sí, por fortuna. Con esto y el importe de aque-

llas fotografías, he podido reunir ocho coronas y media.

EDUV. ¿De veras? ¿Tanto dinero?

GINA Ocho coronas y media justas y cabales. *(Pausa. Gina vuelve a la labor. Eduvigis, con papel y lápiz, empieza a dibujar, poniéndose la mano izquierda encima de los ojos a guisa de pantalla.)*

EDUV. ¿No estás satisfecha de que papá haya sido invitado a un banquete en casa del señor Werlé?

GINA No es el señor Werlé, sino su hijo quien ha invitado a tu padre. *(Pausa.)* Nosotros nada tenemos que ver con el primero.

EDUV. Yo estoy en ascuas aguardando a papá, pues prometió traerme algo bueno. Dijo que pediría algo para mí a la señora Soerby.

GINA Es posible; no andará por allí escaso lo bueno.

EDUV. *(Vuelve a dibujar, y continúa durante la siguiente escena.)* Y además, que ya voy teniendo apetito. *(Entra Ekdal por la puerta de la escalera, con un rollo de papeles bajo el brazo y un envoltorio que le asoma por el bolsillo del gabán.)*

GINA Paréceme, padre, que viene usted un poco más tarde de lo acostumbrado.

EKDAL Me habían encerrado en la oficina y he tenido que esperar con Graberg...

EDUV. ¿Te han dado más copias?

EKDAL Sí, todo esto. Mira. *(Mostrando el rollo.)*

EDUV. Y en tu bolsillo, ¿aún hay más?

EKDAL ¿Qué dices? Simplezas; nada absolutamente. *(Dejando el bastón.)* Con esto hay trabajo para bastante tiempo, Gina. *(Entreabre la puerta del fondo.)* ¡Chist! *(Mira al interior y vuelve a cerrar con precaución.)* Todos duermen; hasta el pato está acostado en su canasta. Bien, bien.

EDUV. ¿Pero de veras, abuelo, no tendrá frío en la canasta?

EKDAL ¿Con el heno que hay quieres que tenga frío? *(Dirígese a la segunda puerta de la izquierda.)* ¿Hay cerillas?

GINA Encima de la cómoda. *(Ekdal entra en su cuarto.)*

EDUV. ¿Cómo habrán dado tanta copia al abuelo?

GINA El pobre ganará siquiera para sus atenciones.

EDUV. Y además trabajando no irá a la taberna de la señora Eriksen.

GINA Mejor que mejor. *(Pausa.)*

EDUV. ¿Si estarán aún en la mesa?

GINA. ¡Quién sabe! Nada tendría de particular.

EDUV. ¡Cuántas golosinas habrá comido papá! Vendrá de buen humor. ¿No te parece?

GINA Si además pudiésemos decirle que hemos alquilado el cuarto...

EDUV. No hay necesidad por hoy.

GINA *(Mirándola.)* ¿Te gusta poder dar una buena noticia a papá cuando vuelva?

EDUV. ¡Oh, sí! Parece que todos estamos más alegres entonces.

GINA *(Aparte.)* ¡Cuánta verdad dice! *(Pasa Ekdal, dirigiéndose a la primera puerta de la izquierda.)* Padre, ¿quiere usted algo de la cocina?

EKDAL Sí, pero no te muevas. *(Entra en la cocina.)*

GINA Quizá vaya a remover el carbón. *(Aguarda un instante.)* Eduvigis, ve a enterarte de lo que hace. *Ekdal vuelve a salir con una tacita de agua caliente.)*

EDUV. ¿Has ido a buscar agua caliente, abuelito?

EKDAL Sí; me hacía falta para la tinta, pues con el frío está espesa como engrudo.

GINA Mejor sería cenar antes. Está ya preparada la cena.

EKDAL Por hoy me pasaré sin ella; estoy atareadísimo. Que nadie venga a importunarme en mi cuarto, ¿eh? *(Entra en su cuarto.)*

GINA *(Bajando la voz.)* ¿Dónde habrá encontrado dinero?

EDUV. Quizá se lo haya dado Graberg.

GINA No. Graberg me lo envía siempre a mí.

EDUV. Puede que en alguna parte le hayan fiado la botella.

GINA ¡Pobre abuelo! No tiene hoy crédito ni por un céntimo. *(Entra Hialmar por la derecha. Lleva gabán y sombrero gris de fieltro.)*

GINA *(Dejando la labor y levantándose.)* ¡Hola! Creí que volverías más tarde.

EDUV. *(Yendo saltando al encuentro de Hialmar.)* ¡Papá!

HIAL. *(Quitándose el sombrero.)* A estas horas ya no queda nadie allí.

EDUV. ¿Tan temprano?

HIAL Sí, mujer, sí; se trataba de una comida. *(Se dispone a quitarse el gabán.)*

EDUV. Deja que te ayude.

GINA Y yo también. *(Quitanle el gabán que Gina cuelga en un clavo.)*

EDUV. ¿Había mucha gente, papá?

HIAL. No; éramos unos trece o catorce invitados.

GINA ¿Y has hablado a todos?

HIAL. Algunas palabras, pues Gregorio me cogió por su cuenta y no me soltó en toda la noche.

GINA ¿Continúa tan feo ese Gregorio?

HIAL. No es hermoso que digamos. ¿Dónde está mi padre?

EDUV. Se ha encerrado para escribir.

HIAL. ¿No ha dicho nada?

GINA No. ¿Qué querías que dijese?

HIAL. ¿No ha contado cómo...? Paréceme haberlo visto con Graberg. Voy a entrar en su cuarto.

GINA No, no entres.

HIAL. ¿Por qué? ¿Ha dicho que no quiere verme?

GINA Creo que no quiere ver a nadie.

EDUV. *(Remedando a Ekdal.)* Nadie, ¿eh?

GINA *(Que no lo ha advertido.)* Se ha provisto de agua caliente.

HIAL. ¡Ah! Quizá esté...

GINA Es muy probable.

HIAL. ¡Dios mío! ¡Pobre padre! Así degrada sus canas. ¡Bah! Dejemos que se desahogue a sus anchas. Eso le divierte. *(Ekdal sale de su cuarto fumando su pipa.)*

EKDAL *(A Hialmar.)* Ya me pareció haberte oído.

HIAL. Sí, acabo de llegar.

EKDAL ¿Me viste pasar? Di.

HIAL. No, cuando me dijeron que acababas de pasar, quise salir en tu busca.

EKDAL Gracias, Hialmar. Y di, ¿quiénes eran aquellas gentes?

HIAL. ¡Oh! Había varias personas; el chambelán Flor. el chambelán Ballé, el chambelán Kaspersen, el chambelán fulano, el chambelán zutano... En fin, no me acuerdo de más nombres.

EKDAL Ya lo oyes, Gina. ¡Vaya una reunión de chambelanes!

GINA La casa debía estar muy elegante y bien puesta; no me cabe duda.

EDUV. ¿Han cantado los chambelanes? ¿O quizás han recitado algo?

HIAL. No hubo más que charla. Después querían que declamara un poco, pero yo no he consentido.

EKDAL ¿No has querido, dices?

GINA Paréceme que debías haberlo hecho.

HIAL. Pues no. No he de servir de bufón al primer mequetrefe que me lo pida. *(Paseándose.)* No tengo carácter para eso.

EKDAL No, no. Hialmar no es hombre para esas bajezas.

HIAL. Una vez que voy por allí no va a ser a divertir a la gente. En cambio, aquellos gaznápiros, que no hacen más que ir de festín en festín, podrían encargarse del papel de bobos. Así serían útiles para algo.

GINA Supongo que no les habrás dicho estas cosas.

HIAL. ¡Oh! Muchas verdades oyeron de mi boca.

EKDAL ¿Y cómo lo han tomado?

HIAL. Quedaron bastante amostazados.

EKDAL Ya lo oyes, Gina, el caso que hace de los chambelanes.

GINA Sí, sí. ¡Caramba!

HIAL. Bien, no hablemos más de esto. Después de todo, hemos quedado muy amigos, y nada más lejos de mi intención que el ofenderles.

EKDAL Sin embargo, les has dado una lección.

EDUV. *(Con intención.)* ¡Y qué elegante estás así, papá! ¡Si tú supieras!

HIAL. ¡Oh! Es que me sienta bien este traje. Parece hecho para mí. Quizá un poco estrecho. Ayúdame a quitármelo, Eduvigis. *(Lo hace.)* Con mi chaqueta estoy mejor. ¿Dónde está, Gina?

GINA Hela aquí. *(Se la trae y le ayuda a ponérsela.)*

HIAL. Bien. No te olvides de devolver el traje a Molvik mañana mismo.

GINA (*Llevándose el traje.*) Descuida.

HIAL. (*Estirándose.*) ¡Ah! Parece que esté uno más cómodo así. Además, este artístico desaliño me sienta mejor. ¿No es verdad, Eduvigis?

EDUV. Mucho que sí, papá.

HIAL. Y con los cabos de la corbata flotando así, ¿qué te parece?

EDUV. Muy adecuado a tu barba y a tu encrespada cabellera.

HIAL. No precisamente encrespada; mejor dirías rizada.

EDUV. ¡Oh, sí! Tienes unos bucles envidiables.

HIAL. Así es, en efecto.

EDUV. (*Tras breve meditación y tirándole de la chaqueta.*) ¡Papá!

HIAL. ¿Qué quieres?

EDUV. Bien sabes lo que quiero.

HIAL. No, te lo aseguro.

EDUV. (*Con voz quejumbrosa, pero sonriendo.*) ¡Sí lo sabes! Vaya, no me atormentes más.

HIAL. ¿Pero qué quieres?

EDUV. (*Sacudiéndole.*) Vamos, dámelos de una vez... Los dulces que me ofreciste.

HIAL. ¡Caramba! Pues, niña, los olvidé.

EDUV. Quieres hacerme rabiar, ¿eh? Vamos, dime dónde los escondiste.

HIAL. Me olvidé, no lo dudes. Pero espera un poco. Algo tengo para ti, Eduvigis. (*Registra los bolsillos del traje.*)

EDUV. (*Saltando.*) ¡Ah, bien lo decía yo!

HIAL. *Sacando un papel.*) Helo aquí.

EDUV. ¿Este papelucho tan solo?

HIAL. Es la lista de los platos. Mira lo que nos dieron.

EDUV. ¿Y no traes otra cosa?

HIAL. ¿Pero no te he dicho que lo he olvidado? ¡Valiente cosa todas estas fritadas! Siéntate y ayúdame a descifrar sus nombres. Yo, en cambio, te describiré su sabor. Pero ¿qué tienes ahora?

EDUV. (*Lloriqueando.*) Nada. (*Siéntase. Su madre le hace un signo que no escapa a Hialmar.*)

HIAL. *(Paseándose.)* Es increíble el sinnúmero de obligaciones que tiene un padre de familia. Y si se le olvida alguna cosa, ya se le pone cara de vinagre. En fin, fuerza es acostumbrarse a todo. *(Acercándose a su padre, que está sentado junto a la estufa.)* ¿Has dado ya un vistazo ahí dentro?

EKDAL Sí; estaba acostado en su canasta.

HIAL. Parece que se acostumbra ya a ello.

EKDAL Ya te lo decía. Habríamos de introducir, sin embargo, ciertas reformas. Es indispensable, ¿sabes?

HIAL. Sí. Hablemos de ello. Ven, sentémonos en el sofá.

EKDAL Espera; voy a limpiar mi pipa. Está obstruída... ¡Hum!... *(Entra en su cuarto.)*

GINA *(A Hialmar, sonriendo.)* ¿Has oído? Quiere limpiar su pipa. *(Haciendo signos de que bebe.)*

HIAL. Bien, Gina, dejémosle hacer. ¡Pobre náufrago! Que goce a su modo. Hay que empezar mañana mismo esas mejoras.

GINA Mañana, Hialmar, no tendrás tiempo para ello.

EDUV. *(Interrumpiendo.)* Pues sí, mamá.

GINA Habrá que retocar estas pruebas. Han venido por ellas varias veces.

HIAL. ¡Dichosas pruebas! Bien; estarán listas. ¿Hay nuevos pedidos?

GINA No, por desgracia. Para mañana hay tan sólo estos dos retratos.

HIAL. ¿Nada más? Claro está, no nos tomamos molestia alguna...

GINA ¿Pero qué puedo hacer, pobre de mí? Anuncio en cuanto me es posible.

HIAL. ¿Y de qué sirven los anuncios? ¿Ha venido nadie por el cuarto?

GINA Nadie hasta el presente.

HIAL. Bien; paciencia. Pero hace falta actividad, Gina.

EDUV. *(Acercándose a Hialmar.)* ¿Quieres que vaya por la flauta, papá?

HIAL. No, no estoy para músicas. Mañana me pongo al trabajo y no lo abandono mientras me quede fuerza.

GINA Vamos, querido Ekdal, nunca te había oído nada semejante.

EDUV. Papá, ¿quieres una botella de cerveza?

HIAL. No, nada quiero. *(Parándose.)* ¿Cerveza? ¿Cerveza has dicho?

EDUV. *(Solícita.)* Sí, papá, sí, cerveza fresca y regalada.

HIAL. Bien, ya que en ello te empeñas, tráeme una botella.

GINA Sí, eso es; haremos un poco de refresco. *(Eduvigis se precipita hacia la cocina. Hialmar la detiene, estrechándole la cabeza contra su pecho.)*

HIAL. ¡Eduvigis! ¡Eduvigis!

EDUV. *(Llorando de alegría.)* ¡Papá querido!

HIAL. No me llames así, que no lo merezco. Me he sentado en la mesa de ese ricachón, rebosante de exquisitos manjares y me he regodeado con ellos. Si al menos me hubiese acordado de ti...

GINA *(Sentada junto a la mesa.)* Vamos, eso son simplezas, Hialmar, simplezas.

HIAL. ¡Oh, no! He faltado a mi deber, pero bien sabéis que os quiero con toda el alma.

EDUV. *(Saltándole al cuello.)* ¡Y nosotros, papá, te adoramos!

HIAL. Y si a veces estoy de mal humor, pensad, por el cielo, en los grandes disgustos que he sufrido. ¡Vamos! *(Enjugándose los ojos.)* Nada de cerveza por hoy. Tráeme la flauta, Eduvigis. *(Eduvigis corre al estante y coge el instrumento.)* Gracias, ahora sentaos y oíd. *(Siéntase Eduvigis al lado de Gina. Hialmar, después de dar algunos pasos, toca nerviosamente una danza popular tcheque, a la que da entonación sentimental y elegíaca. Luego se interrumpe y tendiendo emocionado la mano izquierda a Gina.)* ¡Qué hermosa es la vida bajo este nuestro humilde techo, Gina! En verdad, te digo que me siento bien aquí. *(Empieza a tocar de nuevo. Llaman a la puerta.)*

GINA *(Levantándose.)* ¡Chist! ¡Alguien viene!

HIAL. *(Colocando la flauta en su sitio.)* Bien, volvamos al trabajo. *(Gina abre.)*

GREG. *(Desde la puerta.)* Usted dispense.
GINA *(Retrocediendo un paso.)* ¡Oh!
GREG. ¿Es este el domicilio del fotógrafo señor Ekdal?
GINA Sí, caballero.
HIAL. *(Yendo al encuentro de Gregorio.)* ¡Gregorio! A pesar de todo, has venido. Bien; entra.
GREG. *(Entrando.)* Ya te lo he dicho.
HIAL. ¿Pero por qué esta misma noche? ¿Has dejado la reunión?
GREG. La reunión y el hogar paterno, todo lo dejo. Buenas noches, señora Ekdal. No sé si se acordará de mí.
GINA. ¡Qué duda cabe! El señorito Werlé es inconfundible.
GREG. Ya lo creo; me parezco a mi madre, y no creo que la haya usted olvidado.
HIAL. ¿Y dices que has abandonado el domicilio de tu padre?
GREG. Sí; me he marchado a la fonda.
HIAL. ¿De veras? Bien; ya que has venido, quítate el abrigo y siéntate.
GREG. Gracias. *(Lo hace, quedando con un traje gris de corte montañés.)*
HIAL. Sin cumplidos... Siéntate ahí, en el sofá. *(Gregorio se sienta en el sofá e Hialmar en una silla cerca de la mesa.)*
GREG. *(Mirando a su alrededor.)* ¿Esta es tu casa, Hialmar?
HIAL Esto, como ves, es el taller.
GINA Que es la pieza preferida por ser la más espaciosa.
HIAL. Hemos tenido mejor casa, pero en cambio ésta tiene la ventaja de sus magníficos desvanes.
GINA Además, hay un cuarto que podemos alquilar.
GREG. *(A Hialmar.)* ¡Toma! ¿Tienes huéspedes?
GINA Aun no. Primero hay que buscarlos. *(A Eduvigis.)* ¿Y la cerveza? *(Eduvigis hace un signo de asentimiento y corre a la cocina.)*
GREG. ¿Es tu hija esta niña?
HIAL. Sí.
GREG. Hija única, ¿eh?

HIAL. Sí, única. Es nuestra alegría; pero *(Bajando la la voz.)* a la vez nuestro mayor tormento.

GREG. ¿Qué quieres decir?

HIAL. Está en inminente peligro de perder la vista.

GREG. ¡Qué horror! ¿Ciega?

HIAL. Sí; por ahora sólo se han presentado los primeros síntomas. Pero los otros vendrán pronto, pues el mal no tiene remedio. Así nos lo ha asegurado el médico.

GREG. ¡Terrible desgracia! ¿Y cómo le ha sobrevenido este mal?

HIAL. *(Suspirando.)* Probablemente es una enfermedad hereditaria.

GREG. *(Con viva sorpresa.)* ¿Hereditaria?

GINA La madre de Ekdal tenía la vista muy débil.

HIAL. Sí, así lo dice mi padre, pero yo no tengo el menor recuerdo de ella.

GREG. ¡Qué horror; pobre criatura! ¿Y qué dice ella?

HIAL. Como comprenderás, no hemos tenido valor de decírselo. Ella nada sabe del golpe que va a herirla. Inocente y retozona como un pajarito, pronto entrará en la noche eterna. *(Con dolor.)* ¡Qué tormento para un padre! *(Eduvigis trae una botella de cerveza y vasos en una bandeja que deja sobre la mesa.)*

HIAL. *(Acariciándola la cabeza.)* Gracias, Eduvigis, gracias. *(Eduvigis abraza a su padre y le murmura algo al oído.)* No, tostadas no, por ahora. *(Mirando a Gregorio.)* A menos que Gregorio quiera.

GREG. *(Con cumplido.)* No; gracias.

HIAL. Trae algunas al instante. Y bien calentitas. Que no ande escasa la manteca. *(Eduvigis, después de hacer un signo de satisfacción, vuelve a la cocina.)*

GREG. *(Siguiendo con la mirada a Eduvigis.)* Parece, sin embargo, estar muy alegre y sana.

GINA Los ojos nada más...

GREG. Se parece a usted, señora Ekdal. ¿Qué edad tiene?

GINA Catorce años. Pasado mañana los cumple.

GREG. Muy crecidita está para su edad.

GINA De un año acá se ha desarrollado mucho.

GREG. Al ver hacerse hombres a los niños, advierte uno que a su vez va haciéndose viejo. ¿Cuánto tiempo hace que están ustedes casados?

GINA Unos quince años.

GREG. Ya son algunos días.

GINA *(Mirándole atentamente.)* Mucho que sí.

HIAL. Sí, hace quince años menos pocos meses. *(Cambiando de tono.)* ¿Te parece largo este tiempo, que tú has pasado en la fábrica.

GREG. Tardo en el pasar; pero reflexionando ahora el pasado, paréceme un brevísimo instante. *(Entra Ekdal, arrastrando los pies, sin su pipa y cubierta la cabeza con gorrilla de uniforme.)*

EKDAL Vamos, Hialmar, sentémonos ahora y hablemos de este asunto. Empieza.

HIAL. *(Yendo a su encuentro.)* Padre, tenemos visitas. Está aquí Gregorio Werlé. ¿No te acuerdas ya de él?

EKDAL *(Mirando a Gregorio, que se ha levantado.)* ¿Werlé, el hijo? ¿Es éste? Bien; ¿y qué me quiere?

HIAL. Nada; ha venido a verme.

EKDAL ¡Ah, ya! ¿Entonces, no hay novedad?

HIAL. No, nada hay de nuevo.

EKDAL *(Moviendo el brazo.)* Yo no tengo miedo, ya sabes; pero...

GREG. *(Acercándosele.)* Quería solamente dar a usted noticias de caza. ¿No se acuerda usted ya?

EKDAL ¿Caza?

GREG. Sí, por los alrededores de Heydal.

EKDAL ¡Ah, ya! En la montaña. Era yo entonces un famoso cazador.

GREG. ¡Ya lo creo! Conocido en toda la comarca.

EKDAL Es posible. Parece que se fija usted en mi uniforme. Aquí puedo llevarlo sin pedir a nadie permiso. Con tal que no salga con él a la calle... *(Entra Eduvigis con un plato con rebanadas de pan untadas de manteca y lo coloca sobre la mesa.)*

HIAL. Ponte allí, padre, y bebe un vaso. Tú, Gregorio, siéntate y toma cuanto gustes. *(Ekdal, mur-*

murando y dando traspiés va al sofá y se sienta. Gregorio se coloca a su lado. Hialmar frente a Gregorio. Gina cose lejos de la mesa y Eduvigis de pie a su lado.)

GREG. ¿Recuerda usted cuando Hialmar y yo pasábamos allí en su compañía las vacaciones?

EKDAL ¿Venían ustedes a verme? No, no, no recuerdo. De lo que me acuerdo es de que fuí un valiente cazador. Los osos me temían como al fuego. Nueve maté, ni uno más ni uno menos.

GREG. *(Mirándole compasivo.)* ¿Y ahora no va usted nunca a cazar?

EKDAL Yo creo que sí, amiguito. Cazamos aún de vez en cuando... Pero en otras condiciones que en el monte... Respecto al bosque..., el bosque, sabe usted..., el bosque... *(Bebe.)* ¿Y cómo está el bosque?

GREG. No tan bien como entonces; se han hecho grandes talas.

EKDAL ¿Talas? *(Bajando la voz como si tuviese miedo.)* Mal hecho; es peligroso. Los bosques se vengan.

HIAL. *(Llenando un vaso.)* Vamos, padre; otro traguito.

GREG. ¿Cómo ha podido reducirse usted a vivir entre estas cuatro paredes y aclimatarse a la pestífera atmósfera de la ciudad, acostumbrado como estaba al aire puro de las montañas?

EKDAL *(Guiñando un ojo a Hialmar y sonriendo.)* No se está aquí del todo mal.

GREG. Pero... ¿no echa usted de menos aquella vivificante frescura, la libertad de los parados, los bosques, la caza?...

EKDAL *(Sonriendo.)* ¿Se lo enseñamos, Hialmar?

HIAL. *(Con viveza y algo turbado.)* No, padre; esta noche no.

GREG. *(A Hialmar.)* ¿Qué quiere enseñarme?

HIAL. Nada; ya lo verás otro día.

GREG. *(Dirigiéndose otra vez a Ekdal.)* Capitán Ekdal, venía a proponerle que se viniese usted conmigo a la fábrica. Dentro de poco estaré allá de regreso. Y en ella como aquí se le dará a usted copia.

¿Qué puede haber en la ciudad que tenga para usted interés?

EKDAL (*Mirándole con estupor.*) ¿Nada que a mí me interese?

GREG. Sí, tiene usted desde luego a su hijo; pero Hialmar ha creado ya una familia. Y un hombre como usted, a quien siempre ha gustado la naturaleza ruda y salvaje...

EKDAL (*Dando un puñetazo en la mesa.*) Hialmar, hay que enseñárselo.

HIAL. ¡Pero padre, si es de noche!

EKDAL ¿Y la luna? (*Se levanta.*) Te digo que es indispensable que lo vea. Déjame pasar. Ven, ayúdame, Eduvigis.

EDUV. Con mucho gusto, abuelito.

HIAL. Bueno, bueno.

GREG. (*A Gina.*) ¿Qué diantre es lo que con tantos rodeos van a enseñarme?

GINA Ya lo verá usted; pero no se imagine nada extraordinario. (*Ekdal e Hialmar se dirigen a la puerta del fondo, abriendo cada uno una hoja. Eduvigis ayuda al anciano. Gregorio se ha levantado y mira desde el sofá. Gina sigue cosiendo tranquilamente. Por la puerta abierta se divisa una especie de desván muy grande, de contorno irregular y lleno de trastos viejos. Por los tragaluces del techo entra la luna, bañando de luz parte del desván, mientras el resto queda en sombra.*)

EKDAL (*A Gregorio.*) Acérquese usted.

GREG. (*Acercándose.*) Veamos.

EKDAL Mire usted.

HIAL. (*Algo turbado.*) Todo esto ya supones son cosas de mi padre.

GREG. (*Va hasta la puerta y mira al interior.*) ¿Cría usted gallinas, capitán Ekdal?

EKDAL ¡Ya lo creo! Y crían muchos pollos. Ahora duermen; pero de día, ya verá usted qué gallinas son esas.

EDUV. Tenemos además...

EKDAL ¡Chist! Cáliate, charlatana... Aun no es tiempo de decírselo.

GREG. Por lo que veo tienen ustedes también palomas.
EKDAL También tenemos palomas. Allí en el fondo tienen sus nidos. Pero ahora están durmiendo cerca del techo, pues gustan de las alturas. ¿Usted comprende?
HIAL. Pero no son palomas comunes.
EKDAL ¡Qué han de ser comunes! ¡Ya lo creo que no! Todas son de las razas mejores y más raras. Pero véngase por aquí ahora. ¿Ve usted, esta estera que está arrimada a la pared?
GREG. Bien la veo. ¿Para qué sirve?
EKDAL Sirve de cobertizo a los conejos.
GREG. ¡Cómo! ¿También conejos?
EKDAL Vaya. También conejos. ¿Oyes, Hialmar? Le sorprende que tengamos conejos... ¡Hum!... Pero ahora viene lo gordo; apártate, Eduvigis. Póngase usted ahí y mire allá abajo. Verá una canasta llena de heno.
GREG. Sí, la veo, y parece que hay cierto avechucho que duerme en ella.
EKDAL ¿Cómo un avechucho?
GREG. ¡Ah! Es un pato, ¿eh?
EKDAL *(Algo picado.)* Un pato, un pato...
HIAL. ¿Qué especie de pato crees que es éste?
EDUV. No es un pato cualquiera.
EKDAL ¡Chist!
GREG. Quizás sea un pato turco.
EKDAL No, señor Werlé, nada de patos turcos: el nuestro es un pato silvestre.
GREG. ¡De veras! ¿Un pato silvestre?
EKDAL Sí, un pato silvestre. Este avechucho, como le ha llamado usted, es un pato silvestre. Nuestro pato silvestre, caballerito.
EDUV. *(Corrigiendo.)* Mi pato silvestre; porque es mío.
GREG. ¿Y puede vivir en este granero? ¿No echa de menos sus selvas nativas?
EKDAL Verá usted; tiene un barreño grande para que se zambulla.
HIAL. Agua limpia diariamente.
GINA Pero, Hialmar, corre un aire muy frío...
EKDAL Cerrad entonces... Cuidado con turbar su sueño... Eduvigis, ayúdame. *(Ekdal y Eduvigis cie-*

tran el granero.) En otra ocasión lo verá usted mejor. *(Siéntase en un sofá.)* Es una maravilla eso de los patos silvestres.

GREG. ¿Cómo se las arregló usted para cazarlo vivo, capitán Ekdal?

EKDAL Es muy difícil; pero éste no lo cacé yo. Lo debemos a cierto personaje de esta ciudad.

GREG. *(Con viveza.)* ¿Es acaso mi padre ese personaje?

EKDAL Justamente.

HIAL. Pronto lo acertaste.

GREG. Como me has dicho que mi padre os había colmado de favores, he pensado...

GINA Pero no fué precisamente del señor Werlé de quien...

EKDAL Fué precisamente Juan Werlé quien nos lo regaló, Gina. *(A Gregorio.)* Estaba cazando. Lo ve, apunta y dispara. Pero es tan corto de vista que no hizo sino estropearlo.

GREG. Debió herirle levemente...

EKDAL Sí, uno o dos perdigones tan sólo le alcanzaron.

EDUV. Tiene el ala rota, de modo que no puede volar.

GREG. Debió sumergirse a escape.

EKDAL *(Medio dormido y tartamudeando.)* Naturalmenmente. Los patos silvestres hacen siempre lo mismo... Se hunden hasta el fango. No aparecen jamás.

GREG. Pero, señor capitán, su pato de usted bien salió.

EKDAL No por sí mismo, sino gracias a un precioso perro de su padre de usted que, sumergiéndose, logró hacer presa y sacarlo.

GREG. *(A Hialmar.)* Y fué para vosotros.

HIAL. No tan pronto; tu padre lo tuvo una temporadita, pero el pato no se encontraba bien allí. Entonces Petersen recibió orden de matarlo.

EKDAL *(Casi dormido.)* Sí, Petersen. ¡Valiente bribón!

HIAL. *(Bajando la voz.)* Así llegó a nuestro poder. Mi padre, que es algo conocido de Petersen, se enteró del asunto y se las arregló para que nos cediera el pato.

GREG. Y helo al fin completamente feliz en su granero.

HIAL. Tienes razón, Gregorio, feliz por completo. Hasta ha engordado. Cierto que habrá olvidado su

antigua libertad, pues lleva ya bastante tiempo de cautiverio.

GREG. Pero cuida que no vea jamás el cielo ni el mar. Que nada le recuerde su existencia salvaje. Debo marcharme. Creo que tu padre duerme.

HIAL. ¡Oh!, si no es más que por eso.

GREG. ¡Una idea! Dijiste que alquilarías un cuarto.

HIAL. Bien; pero ¿quieres acaso quedarte con él?

GREG. ¿Quieres alquilármelo?

HIAL. ¿A ti?

GINA ¿A usted, señor Werlé?

GREG. Si me lo alquilan ustedes, mañana mismo me instalo en él.

HIAL. Pues bien, con muchísimo gusto.

GINA No, señor Werlé, el cuarto en cuestión no le conviene a usted.

HIAL. ¿Y por qué?

GINA Porque es pequeño, oscuro...

GREG. No importa, señora Ekdal.

HIAL. Pues a mí me parece lindo, y en cuanto al mobiliario no es del todo malo.

GINA Pero acuérdate de los vecinos del piso inferior.

GREG. ¿Qué gentes son ésas?

GINA ¡Oh!, el uno es un tal Molvick, que ha sido preceptor. El otro un médico que se llama Relling.

GREG. ¿Relling? No me es completamente desconocido. Fué por algún tiempo médico de Heydal.

GINA Son un par de perillanes de la peor especie. Se retiran muy tarde, en un estado deplorable algunas veces.

GREG. A todo se acostumbra uno. No pienso ser menos que el pato silvestre.

GINA Creo que sería mejor reflexionar detenidamente.

GREG. ¿No me quiere usted por vecino, señora Ekdal?

GINA ¡Qué cosas dice usted!

HIAL. En verdad, Gina, me extrañan tus escrúpulos. *(A Gregorio.)* Dime, ¿piensas permanecer en la ciudad por ahora?

GREG. Por ahora sí.

HIAL. ¿Pero no en casa de tu padre? ¿Qué piensas hacer?

GREG. Ojalá lo supiera yo. Pero cuando tiene uno la

desgracia de llamarse Gregorio Werlé... ¿Has oído jamás nada tan feo?

HIAL. ¡Caramba! No opino como tú.

GREG. Sí, hombre, sí. A otro que se llamara así le escupiría al rostro.

HIAL. *(Sonriendo.)* Pues si no te gusta Gregorio Werlé, ¿cómo quisieras llamarte?

GREG. Si en mi mano estuviera elegir, sería un can inteligente.

GINA ¡Un perro!

EDUV. *(A pesar suyo.)* ¡Oh, no!

GREG. Sí, un perro de caza inteligente como el que hizo presa en el pato silvestre cuando, agarrándose al fondo, hundía sus uñas y su pico entre algas y cieno.

HIAL. Por vida mía, Gregorio, que no te comprendo.

GREG. Mañana me instalo en el cuarto en cuestión. *(A Gina.)* No tema usted ninguna molestia, no necesito a nadie. *(A Hialmar.)* Por lo que hace a lo demás, ya hablaremos de ello mañana. Buenas noches, señora. *(Saluda con la cabeza a Eduvigis.)* Buenas noches.

GINA Buenas noches, señor Werlé.

EDUV. Buenas noches.

HIAL. *(Enciendiendo una bujía.)* Aguarda, que voy a alumbrarte. La escalera está oscura. *(Vanse Hialmar y Gregorio.)*

GINA *(Con la mirada fija y la labor sobre las rodillas.)* Estúpida idea la de querer ser perro.

EDUV. Mira, mamá, al decirlo estaría distraído.

GINA ¿Cómo podía estarlo?

EDUV. No sé; pero parecía que estaba pensando en otra cosa.

GINA ¿Eso crees? De todos modos es una tontería. *(Entra Hialmar.)*

HIAL. Había luz aún en la escalera. *(Apaga la vela y la deja en la mesa.)* Al fin podré tomar un bocado. *(Coge una torta.)* Mira, Gina, cómo sabe uno arreglárselas.

GINA ¡Valiente manera de arreglarse!

HIAL. ¿Y por qué no? Es una verdadera ganga haber

alquilado este cuarto, y sobre todo a Gregorio, que es un buen amigo.

GINA Pues a fe mía, no sé...

EDUV. Sí, mamá, sí; ya verás como no habrá nada de lo que temes.

HIAL. Pardiez, eres bien extraña; primeramente querías alquilar el cuarto contra viento y marea, y ahora que lo has conseguido, no estás contenta.

GINA Lo estaría si lo hubiésemos alquilado a cualquier otro. ¿Qué te parece que dirá el señor Werlé?

HIAL. Diga lo que quiera. Como no le importa nada...

GINA ¿No comprendes que Gregorio debe de haber reñido con su padre cuando deja su casa y se viene a la tuya?

HIAL. Aunque así fuese...

GINA Pues el señor Werlé puede juzgarnos cómplices de su hijo.

HIAL. Que nos juzgue como guste. Debo muchos favores al viejo Werlé, Dios me libre de negarlo; pero somos independientes y hago mi gusto. ¡No faltaba más!

GINA Piensa además lo que esto podría perjudicar al abuelo; quizá le despidan.

HIAL. Estoy por decir que ojalá así sea. ¿No es acaso humillante para un hombre como yo que su anciano padre trabaje todavía? Espero, sin embargo, que no está muy lejos el tiempo... *(Coge otra torta.)* Tengo una misión en el mundo y creo dejarla bien cumplida.

EDUV. ¡Oh! ¡Sí, papá!

HIAL. *(Bajando la voz.)* La dejaré plenamente cumplida, repito. Es necesario que un día... Y por eso me parece una feliz casualidad el haber alquilado ese cuarto. Esto me dará una posición más independiente, como conviene a un hombre que tiene tan vastos proyectos. *(Emocionado y mirando a Ekdal dormido en un sofá.)* ¡Pobre anciano! Cuenta siempre con tu Hialmar. Soy fuerte, nada me arredra. Vendrá un hermoso día... *(A Gina.)* ¿Dudas de ello?

GINA (*Levantándose.*) No, no lo dudo. Confío en tus fuerzas, ¡en ti! Mírale. (*Señalando al viejo.*) ¿Quieres que le acostemos?

HIAL. Vamos. (*Cogen a Ekdal con precaución y cuidado para que no despierte.*)

ACTO TERCERO

Taller de Hialmar. La luz de la mañana que penetra por el techo alumbra la escena. Las cortinas están recogidas.

(*Hialmar retocando una prueba. Luego Gina con traje de calle y una cesta de provisiones al brazo.*)

HIAL. ¿Ya de vuelta, Gina?

GINA Sí. Hay que andar un poco lista. (*Deja la cesta y se quita el sombrero y el mantón.*)

HIAL. ¿Has dado un vistazo al cuarto de Gregorio?

GINA Ya lo creo; y por cierto que el tal ha hecho ya de las suyas.

HIAL. ¿Qué ha ocurrido?

GINA El mismo se arregló el cuarto, y luego se le ocurre encender la chimenea sin abrir la ventana, y como es natural, la estancia se ha llenado de humo. ¡Uf!

HIAL. ¡Vaya una tontería!

GINA Pues aun falta lo peor. No sabiendo cómo apagar el fuego, vertió un jarro en la chimenea y puso las baldosas que da asco verlas.

HIAL. ¡Qué barbaridad!

GINA He dicho a la portera que fregara el cuarto; pero no hay que pensar en poner el pie en él antes de la tarde.

HIAL. ¿Y dónde estará Gregorio entretanto?

GINA Ha dicho que iba a dar un paseo.

HIAL. Yo también bajé a verle después que saliste.

GINA Ya lo sé, y lo invitaste a almorzar, ¿no es eso?

HIAL. Sí; siendo el primer día no podíamos excusarnos de hacerlo. ¿Tendrás dispuesta para ello alguna cosilla?

GINA Lo procuraré.

HIAL. Bueno; pero ten en cuenta que es fácil que vengan también Relling y Molvik. Encontré en la escalera a Relling y...

GINA ¿Vendrán también esos dos?

HIAL. No te apures. Dos invitados más o menos es poca cosa.

EKDAL *(Saliendo de su habitación.)* Escucha, Hialmar. *(Reparando en Gina.)*

GINA ¿Quiere usted algo, padre?

EKDAL No, no. ¡Hum! *(Entra en su cuarto.)*

GINA *(Tomando el cesto.)* Haz que no salga.

HIAL. Lo procuraré. Escucha, Gina: creo que no estará de más un poco de ensalada de arenques. Me creo que Relling y Molvik han estado de juerga esta noche.

GINA Mientras no se planten antes de la hora.

HIAL. No. No te apresures.

GINA Bueno; y tú trabaja un poco entretanto.

HIAL. ¡Caramba! Ya lo hago. Trabajo cuanto puedo.

GINA ¡Si te lo digo para que puedas descansar antes! *(Toma la cesta y vase a la cocina. Hialmar continúa trabajando a disgusto.)*

EKDAL *(Entreabre la puerta de su cuarto y dice en voz baja.)* ¿Es urgente lo que haces?

HIAL. Sí, sí, estoy consumiéndome con estas malditas fotografías.

EKDAL Si es así, continúa. *(Vuelve a su cuarto, pero deja entreabierta la puerta.)*

HIAL. *(Trabaja un instante en silencio; luego deja el pincel y se dirige a la puerta.)* ¿Estás ocupado, padre?

EKDAL *(Desde dentro y refunfuñando.)* Puesto que tú lo estás, yo también.

HIAL. ¡Bueno, bueno! *(Vuelve a trabajar.)*

EKDAL *(Reaparece al cabo de un instante.)* ¡Caramba, Hialmar, no estoy tan ocupado que no pueda descansar un poco.

HIAL. ¿Escribes?

EKDAL Graberg aguardará un día o dos si quiere. No nos va en ello la vida.

HIAL. Y además, no eres tú esclavo de nadie.

EKDAL No, y por otra parte, tenemos que hacer ahí dentro. *(Señalando el desván.)*

HIAL. Tienes razón. ¿Quieres entrar? ¿Hay que abrir?

EKDAL Si tú quieres...

HIAL. *(Levantándose.)* Lo que se haga hoy ya estará hecho para mañana.

EKDAL Bien. Debe quedar todo dispuesto para mañana muy temprano. Será mañana, ¿eh?

HIAL. Sí, sí, mañana. *(Hialmar y Ekdal abren la puerta del fondo. En el interior del granero el sol entra por las claraboyas del techo. Algunas palomas revolotean y se oye el cacareo de las gallinas.)*

HIAL. Bueno, ahora puedes entrar, padre.

EKDAL *(Entrando.)* ¿No vienes?

HIAL. ¿Para qué? *(Repara en Gina, que está en la puerta de la cocina.)* No, no tengo tiempo, he de trabajar. *(Tira de un cordel y cae una cortina de tela remendada, quedando el granero oculto.)*

HIAL. ¡Al fin podré estar tranquilo!

GINA ¿Ya está otra vez ahí dentro?

HIAL. Más vale tenerle ahí dentro que no que se vaya a la taberna de la señora Eriksen. *(Se sienta.)* ¿Y a qué vienes? ¿Qué quieres?

GINA Quería tan sólo preguntarte si podré servir aquí el almuerzo.

HIAL. Sí. Como nadie viene temprano...

GINA Quizá aquellos novios.

HIAL. ¡Pues ya aguardarán otro día!

GINA Es que les dije que vinieran después de comer, mientras tú duermes.

HIAL. En este caso, almorzaremos aquí.

GINA No es hora aún. Trabaja un poco todavía.

HIAL. Ya ves que trabajo cuanto puedo. *(Vase Gina. Pausa.)*

EKDAL *(A la puerta del granero, por dentro, detrás de la red.)* ¡Hialmar!

HIAL. ¿Qué hay?

EKDAL Me parece que no deberíamos cambiar de sitio el lebrillo...

HIAL. Nautralmente que no.

EKDAL *(Alejándose.)* ¡Hum, hum, hum! *(Hielmar trabaja un poco, luego mira al techo y se levanta.)*

HIEL. *(Poniéndose a trabajar con presteza.)* ¿Qué quieres?

EDUV. Estar a tu lado solamente, papá.

HIEL. Todo lo husmeas. ¿Acaso me vigilas?

EDUV. Dios me libre de ello.

HIAL. ¿Qué está haciendo tu madre?

EDUV. Arregla la ensalada. *(Acercándose a la mesa.)* ¿Quieres que te ayude, papá?

HIAL. No, no; mejor será que trabaje yo solo, mientras me queden fuerzas. Nada tienes que temer, Eduvigis. ¡Dios conserve la salud a tu padre!

EDUV. Vamos, papá; no digas las cosas de esa manera. *(Curiosea por la estancia y luego se para ante la puerta del granero.)*

HIAL. ¿Qué hace el abuelo?

EDUV. Creo que está arreglando un camino.

HIAL. Nunca lo hará bien, si lo hace solo. ¡Y sin poderme mover de aquí!

EDUV. *(Acercándose a Hialmar.)* Dame el pincel. Déjame, papá.

HIAL. ¡Tonterías! Te cansarías la vista.

EDUV. No, no. Dame el pincel.

HIAL. *(Levantándose.)* Bueno; dos minutos nada más.

EDUV. ¿Pero qué temes? *(Toma el pincel.)* Así. *(Se sienta.)* He aquí un modelo.

HIAL. Cuidado con fatigarte la vista. ¿Oyes? Yo no seré responsable; sólo tú tendrás la culpa.

EDUV. Bien, bien; yo, nadie más que yo.

HIAL. Eres muy aplicada, Eduvigis. Dentro de dos minutos vuelvo. *(Entra con precaución en el granero. Eduvigis trabaja. Dentro se oye disputar a Hialmar y Ekdal.)*

HIAL. *(Asomándose a la cortina.)* Eduvigis, dame las tenazas y el martillo, que están en el estante. *(Dentro.)* Ahora lo verás, padre. A lo menos déjame enseñártelo. *(Eduvigis va a buscar las herramientas y se las da.)* Gracias. *(A su padre.)* Ya es hora. *(Se aleja de la puerta. Oyese su con-*

versación y golpes de martillo. Eduvigis va a mirarlo. Llaman a la puerta sin que lo advierta.)

GREG. *(Entra y se detiene en la puerta. Va sin abrigo y sin sombrero.)* ¿Nadie?

EDUV. *(Vuelve el rostro y va a su encuentro.)* Buenos días. Entre usted.

GREG. Gracias. *(Mirando al granero.)* Parece que hay obreros ahí dentro.

EDUV. No; son papá y el abuelo. Voy a avisarles.

GREG. No, no, ya los esperaré. *(Se sienta en el sofá.)*

EDUV. ¡Si está todo más desordenado!... *(Quiere retirar las fotografías.)*

GREG. Deja. ¿Son las fotografías en que trabajas?

EDUV. Sí, para ayudar a papá.

GREG. No quisiera molestarte.

EDUV. No tema usted. *(Vuelve a trabajar y Gregorio la mira silencioso.)*

GREG. ¿Ha dormido bien esta noche el pato silvestre?

EDUV. Me parece que sí; gracias.

GREG. *(Volviendo el rostro al granero.)* Con la luz del sol tiene esto un aspecto muy diferente del que anoche ofrecía.

EDUV. Completamente distinto. No es lo mismo por la mañana que por la noche, ni cuando llueve que cuando hace buen tiempo.

GREG. ¿Has reparado en eso?

EDUV. Fácil es observarlo.

GREG. ¿Te gusta estar al lado del pato silvestre?

EDUV. Sí, cuando puedo.

GREG. No debe sobrarte tiempo. ¿Vas a la escuela?

EDUV. No, señor. Papá no quiere que me canse la vista.

GREG. ¿Te da lecciones en casa?

EDUV. Me lo prometió; pero nunca le queda tiempo.

GREG. ¿Quién se ocupa de ti entonces?

EDUV. El preceptor Molvik; pero no siempre..., porque..., ya sabe usted...

GREG. Que se emborracha con frecuencia.

EDUV. Creo que sí.

GREG. Por lo que veo, te queda mucho tiempo. ¿Y el granero debe parecerte otro mundo?

EDUV. Sí; ¡hay tantas cosas extraordinarias!...

GREG. ¿De veras?

EDUV. Grandes armarios llenos de libros, con estampas en varios de ellos.

GREG. ¡Oh!

EDUV. Además, una cómoda con muchos cajones. Y un reloj de pared en el que aparecen preciosas figuritas al dar las horas; pero desgraciadamente no anda.

GREG. Es que el tiempo no tiene medida en casa del pato silvestre.

EDUV. Justamente. Hay también cajas de distintos colores, y además muchísimos libros.

GREG. Que debes leer, ¿no es cierto?

EDUV. ¡Oh, sí! Siempre que puedo. Sin embargo, la mayor parte están escritos en inglés y no sé lo que dicen; entonces miro las láminas. Hay un libro que se llama: «Harryson.—History of London», que es muy antiguo y tiene infinidad de estampas... Hay una que representa a la muerte con un reloj de arena y una virgen. ¡Es muy fea!... Pero las otras representan iglesias, palacios, calles y grandes buques que surcan el mar.

GREG. ¿Y cómo se procuraron ustedes tantas cosas bonitas?

EDUV. Las trajo un capitán viejo que vivió aquí. Le llamaban «El holandés herrante», lo que era una tontería, porque no era holandés.

GREG. ¿De veras?

EDUV. Y como no ha vuelto por aquí, todo ha quedado en casa.

GREG. Dime. ¿Y después de mirar estas láminas no te entran ganas de conocer el mundo, el verdadero mundo?

EDUV. ¡Oh, no! Sólo deseo estar aquí para ayudar a mis padres.

GREG. ¿Retocando fotografías?

EDUV. También quisiera aprender el arte del grabado para hacer estampas como las de aquellos libros ingleses.

GREG. ¿Y qué dice papá a eso?

EDUV. Mi papá no piensa como yo. Dice que debo aprender el arte de hacer cestos, pero no me gusta.

GREG. Ya me lo figuro.
EDUV. Sin embargo, papá tiene razón cuando dice que si yo supiera tejer mimbres hubiera podido construir la canasta del pato.
GREG. Es verdad.
EDUV. Claro, como que el pato es mío.
GREG. Precisamente.
EDUV. Es mío ; y también me gusta que sea del abuelo y de papá.
GREG. ¿Y qué hacen con él?
EDUV. Cuidarlo, arreglarle caminos.
GREG. De modo que al pato silvestre es el niño mimado de la casa.
EDUV. Da pena verlo solo, sin poder comunicarse y esparcirse con los demás animalitos.
GREG. No tiene familia como los conejos.
EDUV. Las gallinas tampoco, pero se juntan cuando comen. El pato está siempre solitario y separado de los suyos. Hay, además, otra circunstancia : nadie sabe su origen ni de dónde lo han traído.
GREG. Vivió en el fondo de los mares.
EDUV. *(Mirando a Gregorio y reprimiendo una sonrisa.)* ¿Por qué dice usted en el fondo de los mares?
GREG. ¿Cómo se ha de decir entonces?
EDUV. Podría haber dicho en el fondo del mar o del agua.
GREG. ¿Y por qué no en el «fondo de los mares»?
EDUV. Me parece mal dicho.
GREG. Pues no lo está. Y dime : ¿por qué te sonreíste?
EDUV. Pensaba en la diversidad de objetos que hay en el granero y que podría llamarse aquello un *maremágnum*. ¡Bah! ¡Una tontería!
GREG. *(Mirándola fijamente.)* ¿Estás segura de que eso es un granero?
EDUV. ¿Que si es un granero?
GREG. ¿Estás de ello segura? *(Eduvigis le contempla con la boca abierta. Entra Gina con manteles y platos.)*
GREG. *(Levantándose.)* Temo haber venido pronto.
GINA No : ya está listo el almuerzo. Eduvigis, desocupa la mesa. *(Eduvigis lo hace. Durante esta*

escena, ella y Gina arreglan la mesa. Gregorio hojea un álbum.)

GREG. Veo que también sabe usted retocar fotografías, señora Ekdal.

GINA *(Sin mirarle.)* Un poco.

GREG. ¡Vaya una feliz coincidencia!

GINA ¿Por qué?

GREG. Como Ekdal es fotógrafo.

GINA Sí, me ha sido necesario aprenderlo.

GREG. Y es posible que además lleve las cuentas..., el negocio...

GINA Cuando Hialmar no tiene tiempo...

GREG. Su anciano padre debe de entretenerlo mucho.

GINA Y además, no es trabajo digno de mi marido el retratar al primero que se presente.

GREG. ¡Ya lo creo!... Sin embargo, habiendo escogido esa profesión...

GINA Ya supondrá usted, señor Werlé, que Hialmar no es un fotógrafo cualquiera.

GREG. Seguramente; pero... *(Suena un disparo dentro del granero.)* ¿Qué ha sido?

GINA ¡Uf! Ya tira otra vez.

GREG. ¡Disparan armas de fuego!

EDUV. Están cazando.

GREG. ¿Cómo es eso? *(Acercándose al granero.)* ¿Estás cazando, Hialmar?

HIAL. *(Desde dentro.)* ¿Tú aquí? Pues no sabía... *(Entra. A Eduvigis.)* ¿Cómo no me has avisado?

GREG. ¿Disparas en el granero?

HIAL. *(Sacando una pistola.)* Solamente con esto...

GINA Ni el abuelo ni tú estaréis satisfechos hasta que hayáis ocasionado alguna desgracia con vuestra pistola.

HIAL. *(Colérico.)* Ya te he dicho que es revólver.

GINA Lo mismo da.

GREG. ¿De modo que te has hecho cazador?

HIAL. Sí; disparamos a los conejos... Ya comprendes, para dar gusto a mi padre solamente.

GINA ¡Vaya con los hombres! Siempre quieren *recrearse.*

HIAL. *(Irritado.)* Sí, mujer, sí, en algo hemos de recrearnos.

GINA Eso es precisamente lo que he dicho yo.

HIAL. Está bien, está bien. *(A Gregorio.)* Mira, este granero está situado de tal modo que nadie oye nuestros disparos. *(Deja la pistola en el estante más alto.)* No toques el revólver, Eduvigis; acuérdate que tiene un cañón cargado.

GREG. *(Mirando por la puerta del granero.)* Veo que tienes también un fusil.

HIAL. Es de mi padre; pero no se puede utilizar porque tiene algo roto. Sin embargo, nos gusta tenerlo. Lo desmontamos, limpiamos, engrasamos y revisamos de vez en cuando. Excuso decirte que es mi padre quien con ello se entretiene.

EDUV. *(Aproximándose a Gregorio.)* Ahora puede usted ver el pato silvestre.

GREG. Mirádolo estaba. Parece que lleva un ala colgando.

HIAL. No es de extrañar, pues le hirieron.

GREG. También cojea.

HIAL. Sí, algo.

EDUV. Por aquella pata lo asió el perro.

HIAL. Aparte de esto, no tiene mal alguno, lo que no deja de ser admirable, si se tiene en cuenta que recibió una lluvia de plomo y fué presa de los colmillos de un perro.

GREG. *(Mirando a Eduvigis.)* Y que ha estado en el fondo de los mares.

EDUV. *(Sonriendo.)* Sí.

GINA ¡Maldito pato! No vale la molestia que da. Es una verdadera calamidad.

HIAL. ¿Está ya servido el almuerzo?

GINA En seguida. Ayúdame, Eduvigis. *(Vanse a la cocina Gina y Eduvigis.)*

HIAL. *(A media voz.)* Vale más que te quites de ahí. Mi padre no gusta de que lo vean. *(Gregorio se aparta.)* Ahora voy a cerrar antes de que lleguen los otros. *(Ahuyentando a dos o tres gallinas que han entrado en el taller.)* Ea, marchaos de aquí. *(Levanta la cortina y cierra la puerta.)* Esta táctica es de mi invención. Aprovechando restos in-

servibles, hago cosas útiles. Era necesario, ya que Gina no quiere conejos ni gallinas en el taller.

GREG. ¿Y es por ventura la mujer quien manda aquí?

HIAL. Por regla general le relego las tareas ordinarias para dedicarme yo a cosas más graves.

GREG. ¿En qué piensas, Hialmar?

HIAL. ¡Gracias a Dios! ¡Al fin lo preguntas! ¿No has oído hablar de mi invento?

GREG. No; ¿de qué invento?

HIAL. ¿De veras no has oído hablar de él?

GREG. ¿Pero es que has hecho algún descubrimiento?

HIAL. Aun no; lo estoy ultimando. Comprenderás que un hombre como yo no se dedica a la fotografía para retratar a cuatro necios.

GREG. Así acaba de decírmelo tu mujer.

HIAL. Al dedicarme a este oficio juré hacer de él un arte o una ciencia. Por eso me ocupo en un descubrimiento.

GREG. ¿Y en qué consiste?

HIAL. No me preguntes los detalles todavía. Da tiempo al tiempo. No creo que se reduzca todo a vaciedad y hojarasca. No trabajo para mí, no; aspiro a una gloria más alta.

GREG. ¿Qué gloria?

HIAL. ¿Te olvidas de mi pobre viejo?

GREG. ¿Tu padre? ¿Qué puedes hacer?

HIAL. Sí; quiero salvar al náufrago sin ventura. La tempestad descargando sobre su cabeza el terrible proceso, le humilló. Mira, este revólver con el que mato ahora conejos, representó un trágico papel en la historia de la familia Ekdal.

GREG. ¿El revólver?

HIAL. Cuando supo que le condenaban a presidio, con esta arma quiso matarse, pero le faltó valor. Su alma se había debilitado. ¿Te explicas tú esto? Un militar, un cazador de osos, ¿comprendes que se acobardase así?

GREG. Lo comprendo perfectamente.

HIAL. Yo no. Más tarde intervino el revólver en nuestra tragedia. Cuando lo vi en traje de presidiario, ¡oh, qué angustia! Yo estaba encerrado siem-

pre en casa. La luz del sol y las conversaciones de los desocupados me parecían absurdas. No comprendía. Todo, a mi juicio, debiera ser oscuro y callado; que la naturaleza cambiara de aspecto, como acontece durante un eclipse.

GREG. A mí me pasaba lo mismo cuando murió mi madre.

HIAL. En aquella hora terrible, apoyé en mi pecho el cañón de este revólver.

GREG. ¿También tú querías?...

HIAL. Sí, terminar de una vez.

GREG. Pero no consumaste el suicidio.

HIAL. No; en el instante supremo, vencí mi desesperación. Me resigné a vivir; y créeme que se necesita valor para vivir en tales circunstancias.

GREG. Esto depende de como se mire.

HIAL. Sólo puede mirarse de una manera. Afortunadamente, acerté en mi solución, pues el doctor Relling cree que con mi descubrimiento mi padre podrá de nuevo vestir su uniforme. Este será mi premio.

GREG. ¿Es, pues, el uniforme lo que...?

HIAL. Sí, esta es su ambición, su más ardiente deseo. Cada vez que celebramos alguna fiesta de familia, el viejo se presenta vestido de uniforme, recordando los tiempos felices... Pero si alguien llama, huye a su habitación; corre cuanto le permiten sus piernas cansadas. No se atreve a exhibirse así. Esto destroza el corazón, Gregorio, el corazón amante de un hijo.

GREG. ¿Cuánto tiempo necesitas para terminar este invento?

HIAL. No me preguntes, por Dios, estos detalles. ¿Cuánto tiempo? ¿Acaso puede decirse tratándose de un descubrimiento? ¡Depende de tantas cosas!

GREG. ¿Pero adelantas?

HIAL. Naturalmente. No paso día sin hacer alguna observación. Después de comer me encierro en el salón, donde medito en silencio. Pero no hay que precipitarse. Relling piensa lo mismo: no hay que apresurarse.

GREG. ¿Y no temes distraerte al ocuparte del granero?

HIAL. No, no, muy al contrario. No digas eso. Es imposible andar todo el día con la obsesión constante de una sola idea. Ya sé lo que hago.

GREG. Mira, Hialmar, me parece que hay en ti algo de pato silvestre.

HIAL. ¿De pato silvestre? ¿Por qué?

GREG. Porque te has hundido en una charca y te agarras al fondo como él.

HIAL. ¿Te refieres al contratiempo que nos hirió a mi padre y a mí?

GREG. No quiero decir que tú estés herido, sino que has contraído una dolencia y te sumerges para morir en la oscuridad.

HIAL. ¡Morir en la oscuridad! ¿Yo? No digas absurdos, Gregorio.

GREG. Cálmate y cuenta conmigo. Desde ayer mi vida tiene un objeto.

HIAL. No te ocupes de mí, porque, aparte mi natural melancolía, tengo aún fuerzas para todo.

GREG. Este es otro de los efectos del veneno.

HIAL. No me hables de enfermedades ni venenos; no me gustan esas conversaciones. Aquí nadie habla de cosas tristes.

GREG. No lo dudo.

HIAL. De nada aprovecha eso. Aquí no hay, contra lo que supones tú, ni miasma, ni charco infecto alguno. Este es el humilde hogar de un fotógrafo, lo sé; mi situación es modesta... Soy un pobre inventor, y además, padre de familia, y esto me pone por encima de mi posición... ¡Ah! Ya traen el almuerzo. *(Entran Gina y Eduvigis con botellas, vasos, etc., Relling y Molvick sin abrigo ni sombrero. El segundo con traje negro.)*

GINA *(Arreglando la mesa.)* Puntuales son ustedes.

RELL. Molvick ha olido los arenques y sube olfateando con ansia... Buenos días.

HIAL. Gregorio, te presento al preceptor Molvick y al doctor... Pero, ¡calle!, ¡si ya lo conocías! ¿No es cierto?

GREG. Sí, algo.

RELL. Ya lo creo, es el hijo del señor Werlé. Sí, nos

conocimos allá en Heydal. ¿Ahora vive usted aquí?

GREG. Aquí vivo desde hoy.

RELL. Molvick vive conmigo abajo; de modo que en caso de necesitarnos, tiene a su disposición un médico y un profesor.

GREG. Gracias. Podría ocurrirme algo, pues ayer éramos trece a la mesa.

HIAL. Vamos, no hables más de cosas tristes.

RELL. Tranquilízate, Hialmar; eso no va contigo.

HIAL. Así lo deseo por mi familia. Pero ahora sentémonos, comamos, bebamos y alegrémonos.

GREG. ¿No llaman a tu padre?

HIAL. No; prefiere almorzar más tarde, solo en su cuarto. Sentémonos. *(Siéntanse los cuatro y almuerzan, servidos por Gina y Eduvigis.)*

RELL. Señora Ekdal; ayer noche Molvick se emborrachó.

GINA ¿Otra vez?

RELL. ¿No oyó usted cuando lo traje?

GINA No, no he oído nada.

RELL. Mejor, porque era un cuadro lamentable.

GINA ¿De veras, Molvick?

MOLV. Más vale que pasemos una esponja sobre los incidentes de anoche.

RELL. *(A Gregorio.)* Se pone entonces como sugestionado. Y de paso me sugestiona a mí. Molvick es demoníaco.

GREG. ¿Demoníaco?

RELL. Sí, sí; Molvick es presa del diablo.

GREG. ¡Hum!

RELL. Esta clase de individuos no pueden marchar en *línea recta;* necesitan hacer *eses* de vez en cuando. *(Pausa.)* ¿Ha estado usted mucho tiempo en la montaña?

GREG. Mucho.

RELL. ¿Realizó usted aquella idea?

GREG. ¿Cuál?

RELL. Aquella idea que proponía usted a los obreros, y que llamaba «La reclamación ideal».

GREG. Era yo muy joven entonces.

RELL. Es cierto, era usted muy joven, y «La reclamación ideal» no fructificaba todavía.

GREG. Ni más tarde tampoco.

RELL. Habrá tenido usted el buen sentido de transigir, ¿no es eso?

GREG. Yo no transijo jamás.

HIAL. Gina, trae manteca.

RELL. Y un pedazo de tocino para Molvick.

MOLV. ¡Oh!, nada de tocino. *(Llaman a la puerta del granero.)*

HIAL. Abre, Eduvigis; el abuelo quiere entrar. *(Eduvigis entreabre la puerta. Entra Ekdal con un conejo muerto.)*

EKDAL ¡Buenos días, señores, y buena caza! Hoy he matado esta soberbia pieza.

HIAL. ¡Y la has desollado sin esperarme!

EKDAL También la he salado. La carne del conejo es tierna y sabrosa. ¡Buen apetito, caballeros! *(Entra en su cuarto.*

MOLV. *(Levantándose.)* Dispensen ustedes; no puedo más; tengo que marcharme.

RELL. Toma agua de seltz, infeliz.

MOLV. ¡Oh! ¡Oh! *(Vase.)*

RELL. *(A Hialmar.)* Brindemos a la salud del anciano cazador.

HIAL. *(Brindando.)* A la salud del viejo.

RELL. Brindo por sus canas. *(Bebe.)* Y a propósito, ¿sus cabellos son blancos o grises?

HIAL. Ni del todo blancos ni del todo negros. Pocos le quedan.

RELL. Bien mirado eres feliz, Ekdal. Con el descubrimiento que te apasiona...

HIAL. Trabajo con ardor para conseguirlo, ya lo sabes.

RELL. Y además con una mujer tan diligente, previniéndolo todo, cuidándolo todo.

HIAL. ¡Oh, sí! Gina. *(Mirándola con amor.)* Eres una excelente compañera.

RELL. Y tu Eduvigis, que es un encanto.

HIAL. *(Emocionado.)* ¡Oh, la niña! ¡La niña sobre todo! Eduvigis, acércate. *(La acaricia.)* Di, ¿qué día es mañana?

EDUV. *(Sacudiéndolo.)* No digas nada, papá.

HIAL. Mi corazón sufre al pensar que sólo puedo ofrecerte un poco de fiesta en el granero.

EDUV. Pues eso, precisamente, es lo que más me gusta.

RELL. *(A Eduvigis.)* Ya verás cuando haya terminado el famoso descubrimiento.

HIAL. ¡Oh, entonces! He resuelto asegurarte el porvenir. Nada te faltará hasta el fin de tus días. Pediré algo para ti. Una cosa u otra. Solamente aspiro a verte dichosa. Es la única recompensa del pobre inventor.

EDUV. *(Echándole los brazos al cuello.)* ¡Querido papá! ¡Papá de mi alma!

RELL. *(A Gregorio.)* ¿Qué dice usted ahora, sentado a una mesa bien preparada y en el seno de una familia feliz?

HIAL. Por nada trocaría estos momentos.

GREG. Me ahogan las emanaciones de la charca.

RELL. ¿De la charca?

HIAL. No insistas.

GINA Yo le juro a usted, señor Werlé, que el aire que respira usted aquí es puro; pues buen cuidado tengo en ventilar cotidianamente la casa que Dios nos ha dado.

GREG. *(Levantándose de la mesa.)* La peste a que yo me refiero no sale por las ventanas.

HIAL. ¡La peste!

GINA ¿Qué dices tú, Hialmar?

RELL. Oiga, quizás la haya traído usted de allí, de la fábrica.

GREG. No es precisamente corrupción lo que he venido a traer a esta casa.

RELL. *(Acercándose a Gregorio.)* Escuche usted. Sospecho que guarda todavía en el bolsillo... (La reclamación ideal.

GREG. En mi pecho la conservo.

RELL. Consérvela usted donde guste, ¡voto al diablo! Le aconsejo solamente que no la saque aquí y en mi presencia.

GREG. ¿Y si no le hiciera caso?

RELL. Bajará usted a la calle de cabeza. Se lo juro.

HIAL. *(Levantándose.)* Calma, Relling.

GREG. Puede usted hacerlo, si gusta.

GINA (*Interponiéndose.*) Deje usted, Relling. ¡Silencio! (*Llaman a la puerta.*)
EDUV. Llaman, mamá.
HIAL. (*Malhumorado.*) ¡Ya empiezan las molestias!
GINA Déjame hacer. (*Abre, y se retira bruscamente con sorpresa.*) ¡Oh, aquí! (*Entra Werlé.*)
WERLE Dispensen ustedes. Creo que mi hijo vive en esta casa.
GINA (*Sofocada.*) Sí, señor.
HIAL. (*Acercándose a Werlé.*) Sírvase usted, señor Werlé... (*Mostrándose servicial.*)
WERLE Gracias. Quería tan sólo hablar a mi hijo.
GREG. Heme aquí. ¿Qué se te ofrece?
WERLE Deseo hablarte a solas.
GREG. Vamos a mi cuarto.
GINA No; aun apesta y está sucio; no es posible recibir en él.
WERLE Salgamos a la escalera. Quiero hablarte a solas.
HIAL. Nos iremos nosotros. Ven al salón, Relling. (*Hialmar y Relling salen por la derecha; Gina y Eduvigis por la puerta de la cocina. Pausa.*)
GREG. Ya estamos solos.
WERLE Hiciste ayer algunas insinuaciones... Y el haberte venido a vivir a casa de los Ekdal me induce a sospechar que tienes respecto a mí no muy buen propósito.
GREG. Mi intención es quitar la venda a Hialmar Ekdal. Quiero que conozca su verdadera situación.
WERLE ¿Es ésa tu misión?
GREG. Sí, la única que me has dejado.
WERLE ¿Soy, pues, yo quien te ha conturbado el ánimo?
GREG. Tú has malogrado mi existencia. No se trata de mi madre. A ti debo los remordimientos que me atormentan.
WERLE ¡Gregorio!
GREG. Debía revolverme contra ti cuando, por tu culpa, se deshonraba al capitán Ekdal.
WERLE ¿Por qué no lo hiciste?
GREG. No me atreví; estaba como sugestionado.
WERLE Por lo que veo, te ha pasado ya ese temor.
GREG. Afortunadamente, sí. El mal que hicimos a Ekdal es irreparable. Por lo que respecta a Hial-

mar, puedo salvarle aún de la mentira que le rodea.

WERLE ¿Y crees que eso es una buena acción?

GREG. Estoy de ello perfectamente convencido.

WERLE ¿Crees que Hialmar te lo agradecerá?

GREG. Así lo espero.

WERLE Ya lo veremos.

GREG. En fin, todo lo soportaré; busco tan sólo un remedio para mi conciencia enferma.

WERLE Es inútil. Adquiriste ese mal en tu infancia. Lo has heredado de tu madre, Gregorio: es su único legado.

GREG. *(Con ironía.)* ¿No te has tragado todavía el desengaño que te dió la fortuna de mi madre?

WERLE Ea, no nos salgamos de la cuestión. ¿Insistes en dar explicaciones a Hialmar?

GREG. Estoy resuelto a ello.

WERLE En ese caso, es inútil preguntarte si quieres volver...

GREG. No.

WERLE Bueno. Pero como voy a casarme, te entregaré lo tuyo.

GREG. *(Con viveza.)* No, nada quiero.

WERLE ¿Nada quieres?

GREG. No. Mi conciencia me prohibe aceptar nada de ti.

WERLE *(Al cabo de un instante.)* ¿Ocuparás de nuevo un puesto en la fábrica?

GREG. No; he dejado tu servicio.

WERLE ¿Qué harás entonces?

GREG. Conseguir el objeto de mi vida; nada más.

WERLE Pero, y cuando lo hayas logrado, ¿de qué vivirás?

GREG. Tengo algunos ahorros.

WERLE Que no serán perdurables.

GREG. Creo que durarán tanto como mi vida.

WERLE ¿Qué quieres decir?

GREG. Nada.

WERLE Pues entonces, adiós, Gregorio.

GREG. Adiós. *(Vase Werlé.)*

HIAL. *(Entreabriendo la puerta.)* ¿Ha salido ya?

GREG. Sí. *(Entran Gina y Eduvigis por la puerta de la cocina.)*
RELL. El almuerzo se ha enfriado.
GREG. Vete a vestir, Hialmar, daremos un paseo.
HIAL. Con mucho gusto. ¿Qué te ha dicho tu padre?
GREG. Ya hablaremos de eso. Ve a ponerte el abrigo. Te espero. *(Vase.)*
GINA No vayas.
RELL. No, no. ¡Déjale!
HIAL. *(Cogiendo el abrigo y el sombrero.)* ¡No! Cuando un amigo de la infancia quiere confiarnos algo... ¡No!
RELL. ¿Cree usted que Gregorio esté verdaderamente loco?
GINA Su madre padecía también esas crisis.
HIAL. Razón de más para merecer la solicitud de un amigo. *(A Gina.)* Sobre todo, a la hora la comida. Hasta luego. *(Váse.)*
RELL. ¡Qué lástima que ese hombre no se largara al infierno por cualquier pozo de las minas de Heydal!
GINA ¡Jesús! ¿Por qué dice usted eso?
RELL. *(Entre dientes.)* Por nada. Porque tengo mis temores.
GINA ¿Cree usted que Gregorio esté verdaderamente loco?
RELL. No, por desgracia; es loco como toda la humanidad. Lo que hay es que le aqueja un padecimiento físico.
GINA ¿Qué enfermedad tiene, pues?
RELL. Voy a decírselo, señora. Tiene una dolencia que se llama *fiebre de justicia.*
EDUV. ¿Es una enfermedad eso?
RELL. Sí, y una enfermedad terrible. *(Saludando a Gina.)* Hasta luego. *(Váse.)*
GINA *(Yendo de un lado a otro, inquieta.)* ¡Ah! ¡Gregorio Werlé! ¡Gregorio Werlé!
EDUV. *(Mirándola atentamente desde la mesa en la cual se apoya.)* ¡Todo lo que hoy ocurre es extraordinario!

ACTO CUARTO

La misma decoración. Acaban de retratar. En medio de la pieza está la cámara sobre el trípode, cubierta por un paño negro.

GINA *(Asomada a la puerta de la escalera, dirigiéndose a alguien que se supone acaba de salir.)* Pueden contar con ello. Cumplo siempre lo que prometo. El lunes les podré entregar la primera docena. Buenas tardes. *(Oyense pasos en la escalera. Gina cierra la puerta y pone en su sitio las cosas desordenadas.)*

EDUV. *(Viniendo de la cocina.)* ¿Se han marchado ya?

GINA Sí, gracias al cielo. Al fin se retrataron y se fueron.

EDUV. ¿Cómo explicas que papá tarde tanto?

GINA ¿Estás segura de que no está en casa de Relling?

EDUV. No, no está. Acabo de convencerme de ello.

GINA La comida estará helada.

EDUV. ¡Papá, que no falta nunca a la hora de comer!

GINA Vendrá pronto. No te apures.

EDUV. ¡Ojalá! Todo me parece tan extraño ahora...

GINA Ya sube.

EDUV. *(Corriendo hacia Hialmar.)* ¡Papá! ¡Oh, si supieras cómo te esperábamos!

GINA Has tardado mucho. Nos tenías impacientes.

HIAL. *(Sin mirarla.)* Es muy tarde, sí. *(Gina y Eduvigis quieren ayudarle a quitarse el abrigo. Hialmar se aparta y se lo quita solo.)*

GINA ¿Has comido con Werlé?

HIAL. *(Colgando el abrigo.)* No.

GINA Pues voy a traerte la comida.

HIAL. Déjalo. No comeré por ahora.

EDUV. ¿No te encuentras bien, papá?

HIAL. Ni bien ni mal. He dado con Gregorio un largo paseo. Tanto andar fatiga.

GINA No debías haberle seguido; tú no estás acostumbrado.

HIAL. Hay muchas cosas a que debe acostumbrarse un hombre. *(Paseándose.)* ¿No ha venido nadie durante mi ausencia?

GINA Aquellos novios solamente.

HIAL. ¿Nadie más?

GINA Nadie más.

EDUV. Ya vendrá más gente mañana, papá.

HIAL. Así sea. Mañana empiezo a trabajar seriamente.

EDUV. ¡Mañana! ¿Olvidas qué día es mañana?

HIAL. Es verdad. Desde pasado mañana. Quiero hacerlo yo todo, intervenir en todo...

GINA Sí, para envenenarte la existencia. Yo me basto para el taller, y tú continúa trabajando en tu invento.

EDUV. ¿Y el pato silvestre, los conejos y los...?

HIAL. No me hables de esas monadas. Desde mañana ya no pongo los pies en el granero.

EDUV. ¿Y la fiesta que me ofreciste?

HIAL. Tienes razón. Desde pasado mañana entonces. ¡Maldito pato silvestre! ¡Tengo unas ganas de ahogarlo!

EDUV. *(Dando un grito.)* ¿Al pato silvestre? ¡Mira, papá, el pato es mío!

HIAL. Tan sólo eso me contiene. Por causa tuya, Eduvigis; por amor a ti, no lo estrangulo. Yo no debería tolerar aquí nada, nada que viniese de aquellas manos.

GINA ¿Olvidas que Petersen lo regaló a tu padre?

HIAL. *(Paseando.)* Hay ciertos derechos, los derechos del ideal, si queréis; ciertas obligaciones, a las que no puede uno sustraerse sin envilecer su alma.

EDUV. *(Siguiendo a Hialmar.)* Pero el pato, el pobre patc silvestre...

HIAL. *(Parándose de pronto.)* ¿No te digo que por ti lo perdono? Hay deberes que cumplir más sagrados aún que éstos. Pero es tiempo de que bajes como todos los días. Ha anochecido ya.

EDUV. No quiero salir hoy.

HIAL. Pues hay que salir. Parpadeas mucho... Esos ojos... Anda; el aire te aliviará. La atmósfera

está cargada en esta habitación, y eso no te conviene.

EDUV. Bueno, bueno. Te obedezco. ¡El abrigo!... El sombrero... ¡Ah!..., están en mi cuarto. ¡No hagas daño al pato mientras esté yo fuera!

HIAL. Ni una pluma caerá de su cabeza. *(Abrazándola.)* ¡Eduvigis mía!... ¡Anda, vete! *(Eduvigis saluda a sus padres y vase.)*

HIAL. *(Paseando sin levantar los ojos.)* ¡Gina!

GINA ¿Qué hay?

HIAL. Desde mañana...; digo, desde pasado mañana, quiero administrar yo la casa.

GINA ¿Ahora quieres encargarte de la administración?

HIAL. Necesito comprobar los ingresos.

GINA ¡Ah, Dios mío! No tendrás que contar mucho.

HIAL. Pues no lo parece. El dinero en tus manos llega para todo. *(Mirándola.)* ¿Cómo te las compones para ello?

GINA ¡Necesitamos tan poco Eduvigis y yo!

HIAL. ¿Es cierto que mi padre es espléndidamente remunerado en casa del señor Werlé?

GINA No sé. Ignoro cómo se acostumbra a pagar la copia.

HIAL. Veamos. ¿Cuánto cobra, poco más o menos?

GINA Gana lo que nos cuesta su manutención y lo que él gasta.

HIAL. ¡Lo que nos cuesta su manutención! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

GINA No quise decírtelo. ¡Te era tan dulce creer que le mantenías!

HIAL. ¡Y quien lo mantenía era el señor Werlé!

GINA ¡Oh! Tiene con qué hacerlo el señor Werlé.

HIAL. ¿Quieres encender la luz?

GINA *(Encendiendo el quinqué.)* Además, no sabemos aun si es el señor Werlé o el mismo Graberg quien favorece al abuelo.

HIAL. ¿Graberg? ¿Intentas apartarte de la cuestión?

GINA En fin, no sé nada; pero supones...

HIAL. ¡Uf!...

GINA Acuérdate que no fuí yo quien procuró ese empleo al abuelo. Fué Berta Soerby cuando entró en aquella casa.

HIAL. Parece que tu voz tiembla.

GINA (*Poniendo la pantalla.*) ¿Mi voz?

HIAL. Tus manos tiemblan también. No me equivoco.

GINA (*Con resignación.*) Háblame claramente, Hialmar. ¿Qué te han dicho de mí?

HIAL. ¿Es verdad que tuviste con Werlé relaciones de cierta índole cuando servías en la casa?

GINA No es verdad. Entonces, no. La señora lo creía y sus celos rabiosos la trastornaron. Insultos y golpes..., eso recibí de la señora, yo que nunca la hice daño. Abandoné su casa, volviendo a la de mi madre.

HIAL. Pero fué más tarde...

GINA Sí, volví a servir a los Werlé, como sabes. Mi madre no era rica. En esa época, el señor Werlé había ya enviudado... y...

HIAL. ¡Y luego!...

GINA Confiábamos en que nos amparase; pero no hizo nada por nosotros hasta conseguir lo que quería.

HIAL. (*Juntando las manos.*) ¡Y ésta es la madre de mi hija! ¿Cómo has podido fingir tanto tiempo?

GINA Tienes razón. Deber mío era confesártelo.

HIAL. Tu deber era decírmelo en seguida para que yo te conociese.

GINA ¿Te tubieras casado conmigo?

HIAL. ¡Y tienes la osadía de suponerlo!

GINA Por eso no te lo dije. Yo estaba enamorada de ti, sábelo, y no tuve fuerzas para labrar mi desventura.

HIAL. (*Paseando.*) ¡Y ésta es la madre de mi hija adorada! ¡Y pensar que todo lo que me rodea!... (*Da un puntapié a una silla.*) ¡Todo mi hogar se lo debo a ese hombre!... ¡Oh! ¡Qué lindo seductor el viejo Werlé!

GINA ¿Te pesan los quince años de nuestro matrimonio?

HIAL. (*Colocándose en frente de ella.*) Dime, ¿no te ahogabas día por día, minuto por minuto, bajo esa tela de miserables embustes que tejiste a mi alrededor como araña ponzoñosa? ¡Contés-

tame! ¿No has vivido torturada por angustias y remordimientos?

GINA ¡Ah, Ekda! ¡El cuidado de la casa y el trabajo cotidiano no me han dejado tiempo para ello!

HIAL. ¿Y nunca miraste hacia el pasado?

GINA Llegué a olvidar por completo aquella falta.

HIAL. ¡Oh, qué insensibilidad! ¡Esto me indigna más! ¡Ni asomo de remordimiento!

GINA Dime, ¿qué habría sido de ti si no hubieses encontrado una mujer como yo?

HIAL. ¡Una...!

GINA Tengo más años y más juicio que tú.

HIAL. ¡Qué habría sido de mí!

GINA Ibas por muy mal camino cuando me conociste. Acuérdate; caminabas ciego y desorientado.

HIAL. ¡Mal camino! ¡Oh! No sabes lo que pasa en el corazón de un hombre entregado al pesar y a la desesperación, y sobre todo con un temperamento ardiente como el mío.

GINA Bien, no lo niego, ni entraré en todos estos detalles. Pero al tener casa y familia te calmaste por completo. Nada más tranquilo y risueño que nuestro hogar.

HIAL. ¡Tranquilidad basada en la mentira!

GINA ¿A eso ha venido ese maldito sujeto?

HIAL. Yo era dichoso en mi casa... ¡Maldita ilusión! ¿Y ahora, dónde buscaré las energías que necesito para completar mi descubrimiento? Morirá conmigo y será tu pasado, Gina, quien lo habrá muerto en flor.

GINA *(Próxima a llorar.)* No digas eso, Hialmar; tu bien es, y ha sido, el único anhelo de mi vida.

HIAL. Dime, ¿qué será de la gloria soñada por el padre de familia? Cuando pensaba en mi invento presentía ya que agotaría todas mis fuerzas, y que cuando se me concediera el privilegio de invención mi alma volaría para no volver. Y mi ilusión era que tú, fiel a mi memoria, fueses honrada y te enorgullecieses de ser la viuda del inventor difunto.

GINA *(Enjugándose las lágrimas.)* No lo digas, Hialmar. Yo no quiero vivir cuando tú mueras.

HIAL. ¡Oh! ¿Qué importa? ¡Si todo se hundió! ¡Todo!...

GREG. *(Asomándose a la puerta.)* ¿Puedo entrar?

HIAL. Sí, entra.

GREG. *(Con cara de satisfacción y tendiéndoles las manos.)* ¡Queridos amigos! *(Mira a uno y a otro y dice bajo a Hialmar.)* ¿Ya os lo habéis dicho todo?

HIAL. *(Con voz sombría.)* Sí, todo. He pasado la hora más amarga de mi vida.

GREG. Y la más pura, ¿no es eso?

HIAL. En fin, por ahora todo ha terminado.

GINA ¡Que Dios le perdone, Gregorio!

GREG. *(Sorprendido.)* ¡No comprendo!

HIAL. ¿Que no comprendes?

GREG. Estas aclaraciones debían de ser el punto de partida de una existencia nueva, de una vida, de una comunidad basada en la verdad, libre de toda mentira.

HIAL. Lo sé, lo sé muy bien.

GREG. Estaba convencido de que a mi llegada inundaría mi corazón la dicha del esposo y de la esposa..., y os encuentro sombríos, tristes...

GINA Bien, muy bien. *(Quita la pantalla al quinqué.)*

GREG. Usted no quiere comprenderlo, señora; pero a ti, Hialmar, esta revelación te debía de haber puesto en mejor terreno.

HIAL. Sí... Digo... Hasta cierto punto.

GREG. Nada es comparable al goce de perdonar a una pecadora y redimirla por el amor.

HIAL. ¿Piensas que puede un hombre digerir muy tranquilo el brebaje que me has hecho tragar?

GREG. Un hombre vulgar, no. ¡Pero un hombre como tú!...

HIAL. Sí, lo sé. Me has de estimular. Se necesita tiempo.

GREG. ¡Cómo te pareces al pato silvestre!

RELL. ¿Y seguimos con el pato silvestre?

HIAL. Sí, herido en las alas. El trofeo de caza del señor Werlé.

RELL. ¿Hablan del señor Werlé?

HIAL. De él y de otros.

RELL. *(Bajo a Hialmar.)* ¡Mal rayo le parta!

HIAL. ¿Qué dices?

RELL. Creo indispensable que vuelva este charlatán a su casa; si no acabará por destruirnos y volvernos locos.

GREG. Habla usted a personas, señor Relling, que no temen la destrucción. No hablemos de Hialmar: también ella se muestra leal y razonable.

GINA *(Lloriqueando.)* Hubiera usted obrado mejor dejando las cosas tal como estaban.

RELL. ¿Quiere decirme usted qué se propone hacer aquí?

GREG. Una verdadera unión conyugal.

RELL. Luego supone usted que no estaba hecha?

GREG. Como desgraciadamente lo son muchas; pero una verdadera unión conyugal, no; eso, no.

HIAL. ¿No pensaste nunca en los derechos del ideal, Relling?

RELL. No digas tonterías. *(A Gregorio.)* Dispense usted, caballero. ¿Cuántas uniones conyugales ha visto usted en la vida?

GREG. A decir verdad, ninguna.

RELL. Yo tampoco.

GREG. Pero he visto muchas de las otras y he observado los desastres que ocasionan.

HIAL. Toda la existencia moral de un hombre puede hundirse bajo sus pies. ¡Qué horror!

RELL. Como no me he casado nunca, mal puedo hablar de esas cosas. Pero debo decir que la unión conyugal comprende también al hijo, y el hijo es inocente.

HIAL. ¡Eduvigis! ¡Pobre Eduvigis mía!

RELL. Haréis el favor de no mezclar para nada a Eduvigis en todo esto. Vosotros atormentaos de la manera que mejor os acomode, pero no manchéis con vuestra miseria su alma pura.

HIAL. ¡Oh!

RELL. ¡Tened compasión de la infeliz! ¡Hay tantos peligros contra ella!

HIAL. La vista acaso...

RELL. No se trata de eso ahora. Pero Eduvigis atra-

viesa una edad susceptible de todas las malas inspiraciones.

GINA Eso es mucha verdad. Desde hace algún tiempo tiene la mala costumbre de jugar con el fuego de la cocina, simulando, según dice, los comienzos de un incendio. A veces temo que a lo mejor incendie la casa.

RELL. Ya lo ven ustedes.

GREG. *(A Relling.)* ¿Pero cómo se explica usted eso?

RELL. *(Con voz burlona.)* Pues... la edad..., la transición...

HIAL. Mientras la niña tenga padre..., mientras yo viva... *(Llaman a la puerta.)*

GINA ¡ Chist ! Alguien llega. *(Levantando la voz.)* ¡ Adelante ! *(Aparece la señora Soerby con abrigo.)*

SOER. Buenas noches.

GINA *(Yendo a su encuentro.)* ¡ Tú por aquí, Berta !

SOER. Sí, yo misma. ¿Llego en mala hora?

HIAL. De ningún modo. Un mensajero de tal casa...

SOER. *(A Gina.)* A decir verdad, creía encontrarte sola, y he subido para charlar un rato contigo y despedirme.

GINA ¡ Cómo ! ¿Te vas?

SOER. Sí, mañana tempranito salgo para Heydal. El señor Werlé ha marchado allí esta tarde. *(A Gregorio.)* Muchos recuerdos de su parte.

GREG. Muy bien, muy bien.

HIAL. ¿El señor Werlé se ha marchado? ¿Y usted le sigue?

SOER. Sí. ¿Qué le parece a usted?

HIAL. Que vaya usted con cuidado.

GREG. Voy a explicártelo. Mi padre se casa con la señora Soerby.

HIAL. ¡ Se casa con ella !

GINA ¿Es un hecho ya?

RELL. *(Grave y emocionante.)* No, no ; seguramente no es verdad.

SOER. Sí, amigo Relling, es verdad.

RELL. ¿Contraerá usted nuevo matrimonio?

SOER. Sí, me caso. Werlé tiene ya listos los papeles y en la fábrica festejaremos nuestras bodas.

GREG. Y yo, como hijastro que sabe cumplir sus obli-

gaciones, y le deseo toda clase de felicidades.

SOER. Gracias. Espero que nuestro matrimonio sea una dicha para Werlé y para mí.

RELL. Desde luego. El señor Werlé no se emborracha, que yo sepa, ni acostumbra a zurrar a su mujer como hacía el difunto veterinario.

SOER. Deje en paz a Soerby. Tenía también buenas cualidades.

RELL. Mejores las tiene el señor Werlé.

SOER. En efecto, es muy bueno y sus cualidades le serán recompensadas.

RELL. Esta noche acompañaré a Molvick.

SOER. No haga usted tal cosa; se lo ruego.

RELL. Es lo único que me queda que hacer. *(A Hialmar.)* Ven con nosotros si quieres.

GINA Gracias. Hialmar no acostumbra a divertirse de ese modo.

HIAL. *(Bajo y refunfuñando.)* ¿Podrás callarte?

RELL. Adiós, señora Werlé. *(Váse.)*

GREG. *(A Soerby.)* Según parece, usted y el doctor Relling se tratan bastante.

SOER. Sí, nos conocimos hace muchos años, y hasta hubo entre nosotros intenciones de formalizar algo...

GREG. Fué una suerte para usted que se malograsen tales intenciones...

SOER. Tiene usted razón. No me he dejado llevar de mis sentimientos, pues una mujer no puede sacrificarse por completo.

GREG. ¿Y no teme usted que yo refiera a mi padre esa antigua amistad?

SOER. Yo misma se la he referido.

GREG. ¿De veras?

SOER. Su padre de usted no ignora cuanto le puede interesar. Se lo he dicho todo yo misma.

GREG. Es muy rara tan extraordinaria franqueza.

SOER. La franqueza conviene mucho a las mujeres.

HIAL. ¿Qué dices a eso, Gina?

GINA Que las mujeres no son todas lo mismo; unas piensan así, otras al contrario.

SOER. Pero siempre es lo más seguro, Gina, hacer lo que yo hice. Tampoco Werlé disimula ni se re-

serva nada, y la confianza nos une fuertemente. Podemos en adelante hablar a solas con franqueza de niños. No obstante, hasta ahora, todo eso le ha faltado a Werlé. Un hombre fuerte, vigoroso, reducido a pasar la juventud y lo mejor de su vida oyendo quejas y reconvenciones, ¡resulta muy triste! Y más aún cuando esas quejas y esas reconvenciones se basaban en infidelidades imaginarias.

GINA ¡Cuánta verdad es eso!

GREG. La cuestión que ustedes abordan me obliga, contra mi deseo, a retirarme.

SOER. ¡Oh, no! Quédese usted; no digo una palabra más. Quería solamente probarle que yo no uso nunca embustes ni subterfugios. Gano mucho con esa boda, es verdad; pero no recibo más de lo que doy. Nunca le abandonaré, y voy a serle más útil y necesaria que aquellos que, teniendo obligación de ayudarle, le abandonan cuando, como en breve ocurrirá, no podrá valerse.

HIAL. ¿No podrá valerse?

GREG. *(A Soerby.)* Basta. No hable usted de eso.

SOER. No hay para qué disimular tanto. Está en vísperas de quedarse ciego.

HIAL. *(Temblando.)* ¿Ciego? ¿Ciego también?

GINA ¡Hay tantos que lo son!

SOER. ¡Qué cosa más horrible para un hombre de negocios! Pero ya procuraré servirle con mis ojos lo mejor que pueda. Me retiro, porque tengo mucho que hacer. ¡Ah! *(Recordando.)* Me olvidaba. Hialmar, si necesita usted algo de Werlé diríjase a Graberg.

GREG. Hialmar no aprovechará, por cierto, este ofrecimiento.

SOER. No sé que hasta el presente...

GINA No, Berta; Hialmar no admite favores del señor Werlé.

HIAL. *(Lentamente y marcando las palabras.)* Ofrezca usted mis respetos a su futuro esposo, y dígale de mi parte que pienso avistarme en breve con Graberg...

GREG. ¡Cómo! ¿Quieres...?

HIAL. Que pienso avistarme con Graberg para pedirle cuentas de lo que debo a su amo. Quiero pagar esa deuda de honor. Pero no hablemos más ; la pagaré con el cinco por ciento de interés.

GINA ¡ Dios mío, Hialmar ! ¿ Dónde encontrarás tanto dinero?

HIAL. Dígale que trabajo sin reposo en un descubrimiento. Que al imponerme tan dura tarea anhelo solamente libertarme de una obligación que me agobia... Que los beneficios de mi gloria serán para él, ¡ sólo para él !

SOER. Algo sucede aquí... No comprendo...

HIAL. Sí, ya lo creo ; algo sucede, en efecto.

SOER. Bueno, pues adiós. Ya hablaremos, Gina, en otra ocasión. Adiós. *(Hialmar y Gregorio la saludan. Gina la acompaña hasta la puerta.)*

HIAL. Sólo hasta la puerta, Gina. *(La señora Soerby sale. Gina cierra la puerta.)*

HIAL. Héme ya libre, Gregorio, de esa deuda infamante.

GREG. Si todavía no lo estás, lo estarás pronto.

HIAL. Mi actitud ha sido correcta.

GREG. Eres el hombre que yo imaginaba.

HIAL. Hay ocasiones en las que no es posible sustraerse a las exigencias del ideal. He de llorar y lloraré eternamente, como padre de familia, este baldón. No es muy fácil para un hombre como yo, sin recursos, saldar una deuda olvidada. ¡ No importa ! El hombre se revela en mí..., ¡ exige sus derechos !

GREG. *(Poniéndole una mano en el hombro.* Querido Hialmar, ¿ he sido oportuno al venir?

HIAL. Sí.

GREG. ¿ No te alegra el ver que se haya borrado para siempre la mentira en tu casa?

HIAL. No digo que no. Pero hay algo que me abruma.

GREG. ¿ Qué es ello?

HIAL. Es... No sé cómo hablar de tu padre...

GREG. Di cuanto quieras de él.

HIAL. Bien ; pues lo que me subleva es el considerar que yo no puedo y tu padre puede contraer una verdadera unión conyugal.

GREG. ¿Qué quieres decir?
HIAL. Que tu padre y la señora Soerby se casan fundando su matrimonio en la más absoluta franqueza por una y otra parte. No habrá en sus relaciones ni mentiras ni misterios. Como quien dice, se concedieron mutuamente indulgencia plenaria de sus pecados.
GREG. ¿Y qué?
HIAL. Que sobre un cimiento de abusos y miserias pueda fundarse una excelente unión conyugal.
GREG. Pero la situación es diferente; no creo que vayas a compararte tú y tu mujer con ese par de... Vamos, ya me entiendes.
HIAL. Sin embargo, esto hiere mi instinto de equidad y me demuestra que la justicia no existe en la tierra.
GINA ¡Cuidado, Hialmar! No hables así.
GREG. Dejemos esa cuestión.
HIAL. Al cabo hay Providencia, y esta vez aparece... ¡dejándole ciego!
GINA No es seguro.
HIAL. En efecto; pero, creedme, ahí está la justicia. Un día abusó de ser un confiado...
GREG. ¡Ay! ¡Con otros ha hecho lo mismo!
HIAL. Pero ahora el fatal y misterioso destino le revienta los ojos.
GINA ¿Cómo te atreves a decir cosas tan malas? Me das miedo.
HIAL. Es bueno considerar de vez en cuando la parte tenebrosa de la existencia. *(Entra Eduvigis por la puerta de la escalera muy alegre y con abrigo.)*
GINA ¿Ya de vuelta?
EDUV. No quería irme muy lejos y ha sido lo mejor, pues al volver me he encontrado a la...
HIAL. La señora Soerby, sin duda.
EDUV. Sí.
HIAL. *(Paseándose.)* Será por última vez. *(Pausa.)*
EDUV. *(Mirando a sus padres, queriendo adivinar lo que ocurre.)* ¡Papá!
HIAL. ¿Qué hay, hija mía?
EDUV. La señora Soerby me ha dado una cosa.

HIAL. *(Parándose.)* ¿A ti?
EDUV. Sí, el regalo de mañana.
GINA Ningún año se olvida.
HIAL. ¿Y qué es ello?
EDUV. No, no quiero que lo veas ahora. Mamá me lo traerá a la cama.
HIAL. ¡Siempre algo que se me oculta!
EDUV. *(Con precipitación.)* No te disgustes; vas a verlo. Mira. *(Saca un sobre cerrado.)*
HIAL. ¿Una carta?
EDUV. Sí; nada más que una carta. Supongo que después vendrá lo restante. Pero ¿te parece poco una carta? Es la primera que recibo. Y dice «la señorita». *(Lee.)*: «A la señorita Eduvigis Ekdal.» Ya ves.
HIAL. Dámela.
EDUV. *(Dándosela.)* Toma.
HIAL. Es letra del señor Werlé.
GINA ¿Estás seguro?
HIAL. Míralo tú misma.
GINA No entiendo de eso.
HIAL. Eduvigis, ¿me permites leerla?
EDUV. ¿Y me lo preguntas, papá?
GINA Esta noche, no; déjalo para mañana.
EDUV. *(A Gina en voz baja.)* Deja que la lea. Hay seguramente algo agradable que le disipará el mal humor.
HIAL. ¿Has dicho que puedo leerla?
EDUV. Sí, papá; te lo ruego.
HIAL. Está bien. *(La abre y lee muy turbado.)* ¿Qué significa esto?
GINA ¿Qué dice?
EDUV. ¡Ah!, sí, papá; explícalo.
HIAL. Aguarda. *(Vuelve a leer y palidece. Luego, con voz tranquila.)* Es una donación, Eduvigis.
EDUV. ¿De veras? ¿Y qué me dan?
HIAL. Lee tú misma. *(Eduvigis se acerca a la lámpara para leer. Hialmar exclama a media voz y con las manos crispadas.)* Los ojos... Los ojos... ¡Y esta carta!
EDUV. Me parece que todo esto es para el abuelo.
HIAL. *(Quitándole la carta.)* Oye, Gina, ¿sabías algo?

GINA Nada absolutamente. Pero ¿qué hay?

HIAL. Werlé escribe a Eduvigis que su abuelo no tiene necesidad de fatigarse trabajando..., y le señala una pensión para vivir desahogadamente.

GREG. ¡Hola, hola!

EDUV. Cien coronas, mamá; yo también lo he leído.

GINA Una fortuna para el abuelo.

HIAL. Cien coronas mensuales mientras las necesite, o sea mientras viva.

GINA ¡Pobre viejo! Al fin podrá holgar y recrearse.

HIAL. Hay más. ¿No lo has leído, Eduvigis? Cuando muera mi padre, la pensión..., Eduvigis, la pensión es para ti.

EDUV. ¡Esa renta!

HIAL. La gozarás a perpetuidad.

EDUV. ¡Tanto dinero! *(Abrazándole.)* Papá, papá, ¿no te alegras?

HIAL. *(Abrazándola.)* ¡Alegrarme! ¡Qué visión, qué perspectiva se ofrece a mis ojos! ¡Dotar a Eduvigis con tanta esplendidez!

GINA Pues que es el día de su cumpleaños...

EDUV. Papá, ya comprenderás que todo ese dinero será para ti y para mamá.

GREG. Hialmar, esto es un lazo.

HIAL. ¿En qué te fundas?

GREG. Esta mañana me ha dicho: «Hialmar no es el hombre que crees.»

HIAL. No es el hombre que...

GREG. «Ya lo verás», ha añadido.

HIAL. ¿Quieren comprarme con dinero?

EDUV. Pero, mamá, ¿qué ha pasado? Di.

GINA Ve, ve a quitarte el sombrero y el abrigo. *(Eduvigis, llorosa, entra en la cocina.)*

HIAL. *(Rasga lentamente la carta en dos pedazos y los deja sobre la mesa.)* Ahí tienes mi contestación.

GREG. No esperaba menos de ti.

HIAL. *(Se acerca a Gina, que está de pie junto a la estufa, y le dice con voz contenida.)* ¡Basta de mentiras! Si no tenías trato alguno con él cuando nos conocimos, ¿por qué nos facilitó medios para casarnos?

GINA Debió suponer que le recibiría en casa.

HIAL. ¿Es eso todo? ¿No tenía cierta eventualidad?

GINA No te comprendo.

HIAL. Pregunto si tu hija tiene derecho a vivir en mi casa.

GINA *(Irguiéndose, con los ojos encendidos.)* ¿Por qué me lo preguntas?

HIAL. Contesta. ¿Eduvigis es mía o de...? ¡Vamos!

GINA *(Provocativa.)* No lo sé.

HIAL. *(Aterrado.)* ¿No lo sabes?

GINA ¿Cómo quieres que lo sepa? Una mujer como yo...

HIAL. *(Volviéndole la espalda.)* En tal caso, nada tengo que hacer aquí.

GREG. ¡Reflexiona, Hialmar!

HIAL. *(Poniéndose el abrigo.)* No hay reflexiones posibles.

GREG. Al contrario; hay un abismo de reflexiones. Por lo pronto, hay que empezar por vivir juntos para llegar a tener ese espíritu de abnegación que conduce a los más sublimes sacrificios.

HIAL. No quiero. ¡Jamás, jamás! Mi sombrero. *(Lo toma.)* Mi hogar se derrumba. *(Sollozando.)* ¡Gregorio, ya no tengo hija!

EDUV. *(Apareciendo en la puerta de la cocina.)* ¿Qué dices? *(Corriendo hacia él.)* ¡Papá, papá!

HIAL. ¡No te acerques, Eduvigis! ¡Vete! ¡No puedo más! ¡Oh, esos ojos! Adiós. *(Se dirige a la puerta.)*

EDUV. *(Colgándose a su cuello.)* ¡No, no; no te vayas!

HIAL. Suelta. No quiero. Me marcho lejos de aquí. *(Logra desasirse de los brazos de Eduvigis y vase por la puerta de la escalera.)*

EDUV. *(Desesperada.)* Nos abandona, mamá. ¡Nos abandona y no le veremos más!

GINA No llores, Eduvigis. Ya volverá.

EDUV. *(Arrójase sollozando en el sofá.)* No, no; no le veremos más.

GREG. Gina... La intención era buena.

GINA ¡Dios se lo tenga en cuenta!

EDUV. ¡Esto me matará! ¿Qué le he hecho yo? Mamá, búscale... Dile..., dile...

GINA Bueno, bueno; tranquilízate. Voy a buscártelo.

(Poniéndose un abrigo y un sombrero.) Estará con Relling. No llores...

EDUV. *(Llorando.)* No lloraré si vuelve papá.

GREG. *(A Gina, cuando va a salir.)* ¿No fuera mejor dejarle sostener hasta el fin su dolorosa lucha?

GINA Ante todo hay que calmar a la niña. *(Vase.)*

EDUV. *(Enjugándose las lágrimas.)* ¿Qué ha ocurrido? ¡Papá lo aborrece todo!

GREG. Eduvigis, no llores... No te preocupes antes de ser mujer.

EDUV. *(Sollozando.)* No podré resistir tan terrible pena hasta ser mujer. ¡Ah!... Creo adivinarlo... Quizás no sea hija de papá.

GREG. ¿Cómo puede ser eso?

EDUV. Mamá me habrá encontrado y hasta ahora no lo ha dicho a papá. He leído casos así en los libros.

GREG. ¿Y si fuera así?

EDUV. Podría continuar amándome como hasta ahora o más. El pato silvestre también nos lo dieron y, sin embargo, le quiero mucho.

GREG. Tienes razón. Eduvigis; hablemos del pato.

EDUV. ¡Pobre pato! Quería matarlo.

GREG. No hará nada de eso.

EDUV. Pero lo ha dicho, y no me gusta que papá lo diga. Cada día rezo una oración para que Dios preserve al pato de la muerte.

GREG. *(Mirándola.)* ¿Tienes costumbre de rezar por la noche?

EDUV. Sí.

GREG. ¿Quién te ha enseñado eso?

EDUV. Nadie. Una vez papá estuvo enfermo de gravedad y al acostarme rezaba por él, y desde entonces he continuado haciéndolo.

GREG. ¿Y ahora rezas por el pato silvestre?

EDUV. Creí que lo necesitaba. ¡Estaba tan enfermo cuando lo trajeron!

GREG. ¿Rezas también por la mañana?

EDUV. No; por la mañana, no.

GREG. ¿Por qué?

EDUV. Por la mañana hay luz y no tengo miedo.

GREG. ¿Y a ese pato que quieres tanto quería retorcerle el cuello tu padre?

EDUV. Ha dicho únicamente qu debería hacerlo, pero que mi amor le detenía. Papá es muy bueno.

GREG. *(Acercándose a Eduvigis.)* ¿Y si se lo sacrificaras tú misma?

EDUV. *(Levantándose.)* ¿El pato silvestre?

GREG. Sí. ¿Le sacrificarías voluntariamente lo que te es más precioso en el mundo?

EDUV. ¿Cree usted que sería útil este sacrificio?

GREG. Inténtalo, Eduvigis.

EDUV. *(En voz baja.)* Bien, lo probaré.

GREG. ¿Tendrás valor?

EDUV. Diré al abuelo que lo mate.

GREG. Eso es. Pero a mamá ni una palabra.

EDUV. ¿Por qué?

GREG. No lo comprendería.

EDUV. ¡El pato silvestre! Mañana... Mañana... *(Entra Gina por la puerta de la escalera.)*

EDUV. *(Yendo a su encuentro.)* ¿Lo has visto, mamá?

GINA No; ha salido con Relling.

GREG. ¿Está usted segura?

GINA Así me lo ha dicho la portera. Molvick iba también con ellos.

GREG. Precisamente cuando su alma necesita soledad para la lucha.

GINA *(Quitándose el abrigo.)* Los hombres son muy extraños. Sabe Dios dónde lo habrá llevado Relling. Tampoco estaban en la taberna de la señora Eriksen.

EDUV. *(Conteniendo el llanto.)* ¡Oh, Dios mío! ¡Si no volviera!

GREG. Volverá, no lo dudes. Mañana vendremos juntos. Ya verás. Pero ahora duerme confiada, Eduvigis. Buenas noches. *(Sale por la puerta de la escalera.)*

EDUV. *(Abrazando a su madre.)* ¡Mamá! ¡Oh, mamá!

GINA *(Acariciándola suspirando.)* Razón tenía Relling. Esto es lo que sucede cuando hay locos que vienen a sembrar tempestades en un hogar tranquilo.

ACTO QUINTO

La misma decoración.

(Gina aparece en la puerta de la cocina con delantal, una escoba y un paño. En el mismo instante Eduvigis entra precipitadamente por la puerta de la escalera.)

GINA *(Parándose súbitamente.)* ¿Qué hay?

EDUV. Mamá, sin duda está en casa de Relling.

GINA ¿De veras?

EDUV. La portera dice que subieron dos con Relling esta madrugada.

GINA Ya lo suponía yo.

EDUV. ¿Pero qué adelantamos? ¡Si no quiere volver con nosotros...!

GINA No obstante, necesito hablarle. *(Ekdal sale de su cuarto en zapatillas y fumando su pipa.)*

EKDAL Hialmar... ¿Está por aquí Hialmar?

GINA No. Salió.

EKDAL ¿Tan pronto y nevando? Bueno; no te molestes. Entraré yo solo. *(Dirígese al granero. Eduvigis le ayuda a abrir, y cierra cuando Ekdal ha entrado.)*

EDUV. *(Bajo.)* Mamá, cuando el abuelo sepa que papá quire dejarnos...

GINA No hay necesidad, ya que, por fortuna, no presenció la escena de anoche.

EDUV. Sí; pero... *(Entra Gregorio.)*

GERG. ¿Están ya sobre la pista?

GINA Está en casa de Relling, según dicen.

GREG. ¡En casa de Relling! ¡Pues... había salido con esa gente!

GINA ¡Ah, Dios mío, sí!

GREG. ¡Cuando necesitaba soledad y recogimiento! *(Aparece Relling.)*

EDUV. *(Corriendo a su encuentro.)* ¿Está papá en su casa?

GINA *(Con el mismo tono.)* ¿Le vió usted?

RELL. Sí; en mi casa está.

EDUV. ¡Y nada nos dice usted!

RELL. Soy un torpe. Aquel animalote de demoníaco me ha entretenido, y luego me he dormido tan profundamente que...

GINA ¿Y qué dice?

RELL. Nada absolutamente.

EDUV. ¿No habló?

RELL. Ni media palabra.

GREG. ¡Oh! Comprendo.

GINA ¿Qué hace?

RELL. Está roncando, echado en el sofá.

GINA ¿De veras? ¿Está roncando?

EDUV. ¿Duerme? ¿Logró dormirse?

RELL. Ya lo creo.

GREG. Se comprende; después de la lucha que sostuvo su alma...

GINA No tiene costumbre de trasnochar.

EDUV. Mamá, ¿es bueno que duerma?

GINA Sí; Que no le despierten. Gracias, Relling. Ven, Eduvigis; hagamos la limpieza para que todo resulte confortable. *(Vanse por la puerta del salón.)*

GREG. Y ahora ¿qué piensa usted de Hialmar?

RELL. No he reparado..., no sé...

GREG. ¡Pardiez! ¡En el crítico instante en que su vida se reconstruía con nuevos cimientos! ¿Supone usted que un carácter como el suyo?...

RELL. ¿El un carácter? ¡Si jamás ha tenido germen alcarácter!

GREG. Parece mentira. Con su educación... Tan mimado...

RELL. ¿Se refiere usted a sus dos tías, aquel par de viejas histéricas y desequilibradas?

GREG. Aquellas mujeres, no lo dude usted, nunca dejaron postergar los derechos del ideal. ¡Vaya, no se burle usted!

RELL. No, no estoy para bromas. Pero cónstele que le he oído declamar contra esos *asesinos de su alma*. No creo, sin embargo, que les deba ningún favor. La desgracia de Ekdal consiste en ser tratado de hombre de genio por los que le rodean.

GREG. Es una inteligencia superior, un carácter ideal.

RELL. No me he fijado. Que su padre lo haya creído, no me extraña, pues ha sido un animal toda su vida.

GREG. Posee un alma de niño, y usted no lo ha advertido.

RELL. Bueno, bueno; pero cuando el niño Hialmar era estudiante, sus compañeros no dejaron de considerarle como una lumbrera del porvenir. Era lindo..., sonrosado..., blanco..., tal como agradan los niños a las señoritas. Y como tenía el corazón sensible, seductora la voz y recitaba divinamente los versos y los pensamientos de los demás...

GREG. *(Airado.)* ¿Habla usted de Hialmar Ekdal?

RELL. Sí; y, con su permiso, quiero mostrarle el interior del ídolo que reverencia usted con la frente inclinada hasta el suelo.

GREG. Sin embargo, creo que no soy ciego.

RELL. Pues poco le falta. Usted está enfermo también.

GREG. Tine usted razón.

RELL. Su caso es muy complicado. De un lado, esa maldita fiebre de equidad, de otro, lo que es mucho peor, ese delirio de adoración que le hace divagar sin descanso, con un deseo insaciable de admirar siempre lo que está fuera de su alcance.

GREG. Ciertamente, lo que busco no está conmigo.

RELL. ¡Cuántas simplezas le hacen a usted cometer esos radiantes insectos que revolotean ante sus ojos y le zumban en los oídos! Aquí vuelve usted a reclamar los derechos del ideal, pero cónstele que en esta casa nadie es solvente.

GREG. Si tan pobre idea concibió usted de Hialmar, ¿por qué busca su compañía?

RELL. Aunque parezca mentira, soy médico. Y debo cuidar, ante todo, a los enfermos a quienes cobija el mismo techo que a mí.

RELL. Como todos los hombres.

GREG. ¿Qué tratamiento le aplica usted?

RELL. El mismo que a todos. Una cosa muy sencilla. Se reduce a mantener en el enfermo la mentira de la vida.

GREG. ¿La mentira de la vida? Creo que he entendido mal.

RELL. La mentira de la vida he dicho. La mentira es un estimulante.

GREG. ¿Y qué mentira seduce a Hialmar?

RELL. No conviene decirlo, pues sería usted capaz de empeorar a mi enfermo. Pero el sistema está comprobado. Molvick es un ejemplo. Gracias a mí, es hoy demoníaco. ¡Lástima de sedal que dejé de echarle al cuello!

GREG. ¿Qué es eso de demoníaco?

RELL. ¿Qué quiere que signifique este nombre? Nada; una tontería que he inventado para alargarle la vida. El pobre muchacho hubiera muerto de tristeza si no le consolase la ilusión de ser demoníaco. ¿Y qué diremos del viejo? Este supo, sin mi auxilio, propinarse un remedio.

GREG. ¿Ekdal?

RELL. Sí. ¿Qué dice usted de un cazador de osos que persigue los conejos en un granero? Nadie más feliz que ese pobre hombre cuando se precipita y dispara entre los montones de trastos viejos. Arboles de Navidad marchitos, conservados cuidadosamente, le representan el gran bosque de Heydal en todo su verde esplendor. Los pollos y las gallinas le parecen aves que vuelan de abeto en abeto. Los conejos que atraviesan el granero son los temibles osos de sus cacerías. Y el viejo revive con sus instintos de hombre valeroso, atrevido, fuerte.

GREG. ¡Pobre viejo! Eso debe volverle al ideal de su juventud.

RELL. No diga usted *ideal,* existiendo una palabra que significa lo mismo y se comprende mejor: la *mentira.*

GREG. ¿Cree usted que ambas palabras expresan un mismo concepto?

RELL. Tan sinónimas como son tifus y fiebres pútridas.

GREG. ¡Doctor Helling! No estaré satisfecho hasta que no arranque a Hialmar de sus garras.

RELL. Peor para él. Si usted quita la mentira vital a un hombre, le quitará la felicidad. *(A Eduvigis,*

que viene del salón.) ¡Hola, madrecita del pato silvestre! Voy a ver si tu padre, tendido en el sofá, medita aún acerca de su famoso invento. *(Vase.)*

GREG. *(Acercándose a Eduvigis.)* Estoy leyendo en tu cara que no has hecho nada todavía.

EDUV. Si se refiere usted al pato silvestre, nada he hecho.

GREG. ¿Te falta valor para consumar el sacrificio?

EDUV. No, no es eso. Pero al despertarme recordé lo que anoche hablamos, y me pareció tan extraño...

GREG. ¿Extraño?

EDUV. Anoche lo creí un proyecto delicioso. He dormido y he cambiado... Ya no sé...

GREG. No en balde te has criado bajo este techo.

EDUV. Con tal que papá volviera...

GREG. ¡Oh, si vieras lo que hace estimable la vida! Si tuvieras el valor, la abnegación del sacrificio, volverías a verlo a tu lado. A pesar de todo, confío en ti, Eduvigis. *(Vase Eduvigis después de quedar un momento pensativa, se dispone a entrar en la cocina, cuando suenan golpes en la puerta del granero. Eduvigis la entreabre. Entra Ekdal y vuelve a cerrarla.)*

EKDAL ¡Hum! Es muy aburrido dar solo el paseo matutino.

EDUV. ¿Quieres cazar hoy, abuelo?

EKDAL ¿No hace tiempo de caza. Está muy oscuro.

EDUV. ¿Sólo tiras a los conejos?

EKDAL ¿No son buen tiro los conejos?

EDUV. ¿Y el pato silvestre?

EKDAL No temas que lo mate.

EDUV. No podrías. Dicen que es muy difícil matarlo.

EKDAL ¿Que yo no podría? ¡Vaya!

EDUV. ¿Cómo se hace eso?

EKDAL Pues... metiéndole un plomo en el corazón. Es seguro; pero hay que apuntar bien.

EDUV. ¿Mueren entonces, abuelo?

EKDAL Sí. Voy a vestirme. ¡Jem! ¿Comprendes? *(Entra en su cuarto. Eduvigis, mirando a la puerta del salón, se acerca al estante, y estirándose mu-*

cho sobre la punta de los pies, coge la escoba y el paño. Al verla Eduvigis deja la pistola rápidamente.)

GINA ¡No revuelvas las cosas de papá, Eduvigis!

EDUV. *(Separándose del estante.)* Estaba quitando el polvo.

GINA Mejor sería que fueras a la cocina para ver si está caliente el café. Voy a buscar la taza para bajárselo. *(Vase Eduvigis. Gina barre. Pausa. Hialmar abre la puerta de la escalera y se detiene. Tiene puesto el abrigo, pero no lleva sombrero. Está despeinado, con la barba revuelta y la mirada fatigada.)*

GINA *(Con sorpresa.)* ¡Tú! ¿Hialmar? ¡Vienes al fin!

HIAL. Vengo un momento nada más.

GINA Ya lo supongo. ¡Pero cómo estás, Dios mío!

HIAL. ¿Qué?

GINA ¡Y cómo traes el abrigo! Sucio, estropeado.

EDUV. *(Apareciendo en la puerta de la cocina.)* Mamá, quieres que?... *(Repara en Hialmar, lanza un grito y corre hacia él.)* ¡Papá, papá!

HIAL. *(Volviendo y haciendo ademán de rechazarla.)* Vete, vete. *(A Gina.)* Que se vaya.

GINA *(Bajo.)* Vete al salón, Eduvigis. *(Vase Eduvigis.)*

HIAL. *(Abriendo precipitadamente un cajón de la mesa.)* Quiero llevarme mis libros. ¿Dónde están mis libros?

GINA ¿Qué libros?

HIAL. Mis libros científicos, mis publicaciones tecnológicas. Los que empleo para mi invento.

GINA *(Buscando en el estante.)* ¿Acaso son estos volúmenes sin encuadernar?

HIAL ¿A ver? Sí.

GINA *(Dejando sobre la mesa un montón de folletos.)* ¿Quieres que la niña te los ordene?

HIAL. No lo necesito. *(Pausa.)*

GINA ¿De modo que estás decidido a abandonarnos?

HIAL. *(Hojeando los folletos.)* ¡Claro!

GINA Bien, bien.

HIAL. *(Con explosión.)* No puedo permanecer aquí, inquieto siempre, abrumado por vosotros...

GINA Dios perdone tus malos pensamientos.
HIAL. Tengo pruebas.
GINA Demuéstralas.
HIAL. ¿Con un pasado como el tuyo? Hay un sentimiento humano... ¡Sí! La reclamación del ideal que se impone.
GINA ¿Y el abuelo? ¿Qué será del pobre viejo?
HIAL. Sé mi deber. Mi padre vendrá conmigo. Voy a tomar mis disposiciones. *(Vacilando.)* ¿Habéis encontrado mi sombrero en la escalera?
GINA No. ¿Lo has perdido?
HIAL. Estoy seguro de que lo llevaba puesto anoche. Pero esta mañana ya no he podido encontrarlo.
GINA ¡Dios de bonad! ¿Fuiste con ese par de trasnochadores?
HIAL. Nada me preguntes. ¿Piensas que me encuentro en disposición de recordar todos los detalles?
GINA ¡Mientras el frío de la noche no te perjudique!... *(Entra en la cocina mientras Hialmar arregla sus papeles.)*
HIAL. Relling, eres un bribón, un pillo. ¡Miserable embaucador! Por mi vida, si te hubiese hundido un puñal... *(Al apartar varias cartas viejas, encuentra los pedazos del papel que rasgó el día anterior, y al volver Gina, los esconde con rapidez.)*
GINA *(Trayendo el café en una bandeja que deja sobre la mesa.)* Ahí tienes un poco de café caliente con tostadas y arenque salado.
HIAL. *(Mirando furtivamente la bandeja.)* ¿En esta casa? Jamás. Hace muchas horas que no como... ¡No importa!... ¡Mis notas! ¡Los recuerdos de mi vida! ¡Veamos! ¿Dónde están mi diario y los más importantes de mis papeles? *(Abre la puerta del salón y retrocede.)* ¡Ah! ¿La encuentro también aquí?
GINA ¡Ea, vete de aquí! *(Se aparta para dejar pasar a Eduvigis, que entra asustada.)*
HIAL. *(A Gina, desde la puerta del salón.)* En los últimos momentos que voy a pasar en mi casa, evítame la presencia de intrusos. *(Entra en el salón.)*
EDUV. *(Abrazando a su madre con voz temblorosa.)* ¿Lo dice por mí?

GINA Aguarda en la cocina, Eduvigis. Pero no; mejor será en tu cuarto. *(A Hialmar, a cuyo encuentro va.)* Espera un poco, Hialmar; no desarregles la cómoda; yo te indicaré dónde está todo.

EDUV. *(Permanece inmóvil; luego, ansiosa y sobresaltada, se muerde los labios para no llorar y crispa las manos.)* ¡Oh! ¡El pato silvestre! *(Se acerca furtivamente al estante y coge la pistola. Luego entra con ligereza en el granero, entreabriendo la puerta y cerrándola tras sí. Se oyen las voces de Hialmar y Gina, que disputan. Entran Hialmar y Gina. El primero con un fajo de manuscritos y la segunda con una maleta de mano.)*

HIAL. ¿Qué quieres que haga de este trasto? Tengo que llevarme muchas cosas.

GINA Lleva solamente por ahora lo más necesario, lo indispensable.

HIAL. ¡Uf! ¡Cómo revienta una mudanza! *(Se quita el abrigo y lo arroja sobre el sofá.)*

GINA El café estará frío.

HIAL. ¡Hum! *(Bebe un sorbo maquinalmente; luego otro.)*

GINA *(Quitando el polvo de las sillas.)* Lo difícil será encontrar un granero como éste para los conejos.

HIAL. ¡Cómo! ¿Supones que me llevo los conejos?

GINA ¿Y supones que tu padre podrá pasar sin ellos?

HIAL. Es necesario que se acostumbre. Yo hago sacrificios mayores todavía.

GINA *(Quitando el polvo del estante.)* ¿Quieres que embale la flauta?

HIAL. No, la flauta no; la pistola, sí.

GINA ¿Quieres llevarte la pistola?

HIAL. Sí, y cargada.

GINA *(Buscándola.)* No está aquí; la debe tener el abuelo.

HIAL. ¿Entró en el granero?

GINA Seguramente.

HIAL. ¡Pobre abuelo! *(Coge una tostada y come, bebiendo al mismo tiempo el resto del café.)*

GINA Si no hubiésemos alquilado el cuarto, podrías ahora trasladarte allí.

HIAL. ¡Vivir yo bajo el mismo techo que... ! ¡Jamás ! ¡Jamás !

GINA ¿Pero no podrías permanecer en el salón siquiera un par de días? Estarías completamente solo.

HIAL. ¿Alojarme aquí? Por nada del mundo.

GINA ¿Y en casa de Relling y Molvick?

HIAL. ¡No me los nombres! Sólo de pensarlo pierdo el apetito. ¡No! Antes iría de puerta en puerta, como un vagabundo, a través de la nieve, pidiendo un rincón para mi madre y para mí.

GINA Has perdido el sombrero, Hialmar. Y lo necesitas para irte.

HIAL. ¡Oh! ¡Esa escoria de la humanidad! ¡Esos monstruos del vicio! Me falta un sombrero. *(Coge otra tostada.)* Será preciso decidirme... No puedo pasar aquí la vida esperando... *(Busca algo en la bandeja.)*

GINA ¿Qué buscas?

HIAL. Manteca.

GINA En seguida. *(Va a la cocina.)*

HIAL. *(Llamándola.)* No; es inútil. Comeré pan seco.

GINA *(Volviendo con la mantequera y una cafetera.)* Aquí la tienes.

HIAL. *(Sirviéndose otra taza e café y extendiendo la manteca sobre el pan, come y bebe.)* ¿Podría, sin que me molestase nadie, nadie, oyes, permanecer en el salón un día o dos?

GINA Podrías, si quisieras.

HIAL. Es que no veo medio de arreglar las cosas de mi padre en tan poco tiempo.

GINA Otra razón además: debes de prevenirle que no quieres vivir con nosotros.

HIAL. *(Apartando la taza con violencia.)* Sí; eso también. Habré de remover todo el barro otra vez. Necesito tiempo para reponerme. No basta un día..., ¡ni dos!

GINA Y estando el tiempo borrascoso... ¡Nieva!

HIAL. Ese papel no es mío.

GINA Ni mío tampoco; ni pienso servirme de él.

HIAL. Pero eso no es razón para dejarlo perder. Podría suceder que...

GINA Lo guardaré, pues.

HIAL. Después de todo, la pensión era para mi padre. El verá lo que resuelve.

GINA (*Suspirando.*) ¡Ah, sí! ¡Pobre abuelo!

HIAL. ¿Tienes goma?

GINA (*Acercándose al estante.*) Sí. (*Le lleva un tarro de goma.*)

HIAL. ¿Y un pincel?

GINA Tómalo.

HIAL. (*Corta una tira de otro papel y pega sobre ella los dos pedazos.*) Nada me autoriza para despojar a nadie, y mucho menos a un pobre anciano sin recursos. Toma, déjalo secar y guárdalo. No quiero verlo jamás. (*Entra Gregorio por la puerta de la escalera.*)

GREG. (*Extrañado.*) ¿Cómo; estás aquí, Hialmar?

HIAL. (*Levantándose precipitadamente.*) Aquí estoy, rendido de cansancio.

GREG. ¡Veo, sin embargo, que has almorzado!

HIAL. La naturaleza exige sus derechos.

GREG. ¿Qué has resuelto?

HIAL. Un hombre como yo sólo tiene un camino. Estoy arreglando lo que tengo de más precioso. Pero para esto necesito tiempo.

GINA (*Con impaciencia.*) ¿Saco la ropa o arreglo el salón?

HIAL. Arregla el salón y saca la ropa.

GINA (*Cogiendo la maleta.*) Está bien. (*Entra en el salón. Pausa.*)

GREG. Nunca sospeché que esto terminase así. ¿Y es preciso que abandones tu casa?

HIAL. (*Paseando agitado.*) ¿Qué quieres, pues? No me acostumbro a tener presente a todas horas mi desdicha. Necesito calma, bienestar y serenidad.

GREG. Aun te queda un terreno firme: tu descubrimiento.

HIAL. ¡Ah! ¡Mi descubrimiento! Falta mucho aún.

GREG. ¿De veras?

HIAL. ¡Dios mío! ¿Tengo yo la culpa de que ya esté inventado casi todo? Tú no sabes... ¡Descubrir! Va siendo cada vez más difícil.

GREG. Como te proponías...

HIAL. Este perdido de Relling me dió la idea.

GREG. ¿Relling?
HIAL. Sí; él me dijo que tenía suficiente talento para descubrir algo en el terreno de la fotografía.
GREG. ¡Ah, fué Relling!
HIAL. ¡Qué delicias me hizo gozar! ¡Cuántas alegrías me ha proporcionado! No tanto el estudio como la fe que en él tenía Eduvigis. Ella lo creía con toda la fuerza y la energía de su alma infantil. Es decir, así me lo imaginaba yo. ¡Necio de mí!
GREG. No; Eduvigis no fingió.
HIAL. ¡Qué me importa, si es ella quien destroza mi vida!
GREG. ¡Ella! ¡Eduvigis!
HIAL. ¡Cuánto amor me inspiraba esta niña! ¡Cuánto gozo, cada vez que al entrar en esta pobre casa la veía correr a mí con el pestañear de sus lindos ojitos! ¡Ah, loco confiado! ¡La amaba tanto! ¡Me había forjado un sueño tan poético con la estimación que yo pensaba que ella sentía por mí!
GREG. ¿Pensabas, dices?
HIAL. ¡Qué sé yo! Nada puedo averiguar por Gina. Ella no penetra el aspecto ideal de lo que está pasando. Pero contigo, Gregorio, puedo desahogar mi pecho. Una duda espantosa me atormenta. Quizás Eduvigis nunca ha sentido por mí un verdadero afecto.
GREG. Es fácil que te demuestre lo contrario. *(Escucha.)* ¿Qué hay? Me parece oír el pato silvestre.
HIAL. Sí: cloquea. Estará mi padre en el granero.
GREG. ¡Ah! ¿Está en el granero? *(Con semblante alegre.)* Pues te aseguro que tendrás la prueba del amor que te tiene Eduvigis.
HIAL. ¿Y qué prueba podrá darme? No me convencerán sus protestas.
GREG. Seguramente Eduvigis no conoce el engaño.
HIAL. ¡Ah, Gregorio! Eso dudo precisamente. ¿Quién sabe lo que Gina y esta señora Soerby han podido tramar aquí tantas veces? Eduvigis no tiene los oídos sordos. Esta donación podría ser una estratagema.
GREG. ¡Qué pesimista estás, Hialmar!

HIAL. Ha caído la venda de mis ojos. Escucha: esta donación es solamente el primer paso. La señora Soerby siente afecto por Eduvigis, y así podrá hacer por la niña cuanto desee... Me la quitarán, ya verás.

GREG. Eduvigis no te abandonará nunca.

HIAL. No lo creas; si se la atraen con promesas... ¡Y yo que tanto la he amado! ¡Yo, que cifraba toda mi felicidad en llevarla de la mano como a un niño que tiene miedo de las tinieblas! Veo claro que no me amaba. Todo ha sido una farsa con el fin de mantener la ilusión de la vida.

GREG. Predicas lo que no crees.

HIAL. Esto es precisamente lo terrible. No sé si sabré jamás lo que debo cieer. ¿Y supones tú imposible que sea así? ¡Ay, Gregorio! ¡Confías demasiado en la eficacia de la reclamación del ideal! Basta que vengan los otros y le digan: «Ven a nuestra casa; allí te aguarda la opulencia».

GREG. *(Con viveza.)* No, Hialmar.

HIAL. Si yo le dijera: «Eduvigis, ¿quieres sacrificarme tu vida?» Ya verías lo que me respondería. *(Suena un tiro en el granero.)*

GREG. *(Con explosión de alegría.)* ¡Hialmar!

HIAL. Estará cazando.

GINA ¡Empieza la caza!

HIAL. Voy a ver...

GREG. *(Muy gozoso.)* Espera un poco. ¿Sabes lo que es?

HIAL. Sí...

GREG. No, ni lo sospechas; yo lo sé: es la prueba.

HIAL. ¿Qué prueba?

GREG. Del sacrificio. Eduvigis convenció a su abuelo para que matase al pato silvestre.

HIAL. ¿Qué se propone?

GREG. Sacrificarte lo que más amaba en el mundo. Quiere de esa manera obligarte a devolverle tu amor.

HIAL. *(Emocionado.)* ¡Ah!

GINA ¡Qué idea!

GREG. Ha querido reconquistar tu amor. No podría vivir sin él.

GINA (*Reteniendo el llanto.*) Ya lo ves, Hialmar.
HIAL. ¿Dónde está? ¡Eduvigis!
GINA (*Gimoteando.*) ¡Pobrecita! Estará en la cocina.
HIAL. (*Va a la puerta de la cocina, la abre y llama.*) ¡Eduvigis! (*Mira.*) No está aquí.
GINA ¿Y en su cuarto?
HIAL. (*Desde la cocina.*) No, tampoco está. (*Entra.*) Habrá bajado.
GINA ¡Dios mío! ¡Como no la querías en casa!
HIAL. ¡Que venga pronto para que yo le diga...! Todo irá bien. Gregorio, desde ahora empieza para nosotros una vida nueva.
GREG. (*Con calma.*) Ya lo sabía. La niña te había de traer tu redención. (*Ekdal sale de su cuarto, vestido de uniforme y ciñéndose el sable.*)
HIAL. (*Estupefacto.*) ¡Padre! ¿Tú aquí?
GINA ¿Cazaba usted en su cuarto?
EKDAL (*Colérico, a Hialmar.*) ¿Vas solo a la caza, Hialmar?
HIAL. (*Fuera de sí.*) ¿No eres tú quien ha disparado en el granero?
EKDAL ¿Yo? No.
GREG. (*A Hialmar, con una exclamación.*) ¡Hialmar! Ella misma lo ha matado.
HIAL. ¿Qué significa eso? (*Corre a la puerta del granero y la abre con presteza.*) ¡Eduvigis!
GINA (*Corriendo a la puerta.*) ¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido?
HIAL. (*Entra en el granero.* ¡Tendida en el suelo!
GINA ¡En el suelo! (*Entra.*) ¡Dios mío! (*Hialmar. Gina y Gregorio sacan a Eduvigis inmóvil, con la pistola aun en la mano crispada.*)
HIAL. (*Fuera de sí.*) ¡Ah! ¡Se ha suicidado! ¡Socorro! ¡Socorro, Gina!
GINA (*Saliendo a la escalera.*) ¡Relling! ¡Relling! ¡Relling! ¡Socorro!... ¡Pronto!... (*Hialmar y Gregorio dejan a Eduvigis en el sofá.*)
EKDAL (*Bajo.*) El bosque se venga.
HIAL. (*Arrodillado junto a Eduvigis.*) Pronto volverá en sí. Eduvigis... Mírame...
GINA (*Entrando.*) ¿Está herida? Nada veo. (*Entra Rel-*

ling precipitadamente, y tras él, Molvick, sin corbata ni chaleco y con el abrigo desabrochado.)

RELL. ¿Qué ocurre?

GINA No sé si Eduvigis estará muerta.

HIAL. ¡Socorro!

RELL. *(Examinando el cuerpo de la niña.)* ¿Cómo ha sido?

HIAL. *(Mirando a Relling con ansiedad.)* ¿No hay peligro, eh? ¡Unas gotas de sangre! Mira. Es poco... ¿Verdad, Relling?

RELL. ¿Cómo ha sido?

HIAL. ¡No sé! ¡No me lo explico!

GINA Quería matar al pato silvestre.

RELL. ¿Habrá disparado?

EKDAL El bosque se venga. Nada temo todavía. *(Entra en el granero y cierra la puerta.)*

HIAL. Y tú, Relling, ¿qué dices?

RELL. La bala la lleva en el pecho.

HIAL. Ya lo sé; pero volverá en sí.

RELL. No lo esperes. Está muerta.

GINA *(Llorando.)* ¡Eduvigis! ¡Hija mía!

GREG. *(Sollozando.)* En el fondo de los mares...

HIAL. ¡Es preciso que viva! Por Dios, Relling, un instante..., ¡el tiempo de decirle que nunca he dejado de adorarla!

RELL. La bala ha penetrado en el corazón, produciendo una hemorragia interna que la ha matado en el acto.

HIAL. ¡Y yo que la rechacé como un perro! Asustada..., se refugió en el granero... Ha muerto por mí..., por mi culpa. *(Sollozando.)* ¡Oh! ¡No poder repararlo! ¡No poder decirle...! *(Crispando las manos y levantando la cabeza.)* Tú, que estás arriba... Si existes, ¿por qué has consentido esto?

GINA ¡Calla! No divagues. Si Dios se la lleva será porque no la merecemos.

MOLV. La niña no está muerta. Se ha dormido.

RELL. ¡Imbécil!

HIAL. *(Se acerca al sofá y, cruzándose de brazos, contempla a Eduvigis.)* Aquí está, rígida y fría.

RELL. *(Tratando de quitarle la pistola.)* Tiene oprimida la pistola.

GINA Sin violencia, Relling... Cuidado... Sus dedos...

HIAL. Dejádsela... Que se la lleve.

GINA Sí; dejádsela. Pero su cadáver no puede quedar aquí. Ayudadme. Llevémosla a su cuartito. *(Hialmar y Gina cogen el cadáver de Eduvigis.)*

HIAL. ¡Oh! ¡Gina! ¡Gina! ¿Podrás resistir tantas penas?

GINA Nos ayudaremos mutuamente. Desde ahora ella será de los dos.

MOLV. *(Extendiendo las manos.)* ¡Gloria al Señor! Polvo eres y en polvo te convertirás.

RELL. *(Bajo.)* ¡Cállate, estúpido! ¿Estás borracho? *(Hialmar y Gina se llevan el cadáver de Eduvigis por la puerta de la cocina. Molvick desaparece por la de la escalera.)*

RELL. Nunca me harán creer que esto ha sido un accidente.

GREG. *(Aterrado.)* Nadie puede explicar... Nadie supone...

RELL. La bala atravesó el corsé. Debió disparar apoyando la pistola en el pecho.

GREG. Eduvigis no ha muerto en vano. El dolor ha descubierto la grandeza del alma de Hialmar.

RELL. Todo el mundo se agiganta llorando ante un muerto; pero ¿cuánto dura tamaño esplendor?

GREG. Hialmar nunca se consolará.

RELL. Dentro de algunos meses, la pobre Eduvigis sólo constituirá un bonito tema para sus declamaciones.

GREG. ¿Eso se atreve usted a suponer?

RELL. Vuelva usted cuando se marchiten las primeras flores en el sepulcro de la mártir... ¡Y veremos! Entonces le oirá usted extenderse sobre «la hija prematuramente arrebatada al cariño de un padre». Le verá enternecido, apiadado, y admirado de sí mismo. Téngalo usetd presente.

GREG. Si usted tuviera razón, no valdría la pena de vivir.

RELL. La vida, a pesar de todo, tendría mucho de agradable si no fuera por esos malditos acreedores, que llamando en las casas de infelices como nos-

otros, les presentan «la reclamación del ideal».

GREG. En tal caso, estoy satisfecho de mi resolución.

RELL. ¿Se puede saber cuál es?

GREG. Matarme.

RELL. ¡Hombre! ¡Vaya usted a paseo!

TELÓN

